

MORUENA ESTRÍNGANA

MI ERROR FUE

*Creer en cuentos
de hadas*



6

Parte 2

Click
EDICIONES

PlanetadeLibros.com



Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Re gístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos

Clubs de lectura con autores

Concursos y promociones

Áreas temáticas

Presentaciones de libros

Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

Índice de contenido

[MI ERROR FUE CREER EN CUENTOS DE HADAS](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

Dedico esta serie a mis lectores.

Gracias por estar conmigo en cada libro y por vuestro cariño y apoyo constante.

¡Un escritor no es nada sin vosotros!

MI ERROR FUE CREER EN CUENTOS DE HADAS

PARTE II



CAPÍTULO 10

BECCA

Miro el ambiente de la discoteca y trato de que no se me note en la cara lo novedoso que es esto para mí. Kevin ha pasado a recogerme con su coche, que ya está arreglado, y hemos llegado hace poco.

No sabía qué ponerme. Al final he optado por un pantalón vaquero y un palabra de honor tipo corsé de color blanco que me regaló Elen y que no había estrenado todavía, y me he rizado el pelo con las planchas. Según mi hijo estoy «guapísima», pero yo me siento algo ridícula así vestida y no dejo de pensar en si esto es para mí o no.

—Toma, un refresco con un chorrito de alcohol. Te gustará, no está demasiado fuerte — me dice Kevin sentándose a mi lado.

En el coche, de camino aquí, me sacó lo que me pasaba. Sonrió y me dijo que no me angustiara. Lo que no le confesé es que, además, no dejo de darle vueltas a lo que he visto en los ojos de Matt. No consigo descifrarlo, pero he tenido una fría sensación. ¿Se va a distanciar otra vez? De ser así, hubiera preferido no fingir ser amigos por unos días. Poco a poco he ido bajando mis defensas contra él y ahora me costaría mucho volver a levantarlas. Pero lo lograría. Eso espero.

Antes de salir de casa miré hacia su despacho y sentí un poco de desilusión porque no vino a despedirme. Aun así, sonreí a Matty y a su abuela y me fui con Kevin, que ya me esperaba en el coche.

—Muchas gracias.

Kevin me sonrío. Hoy está muy guapo. Lleva el pelo peinado de punta, moderno, como alguna vez lo lleva Matt, un pantalón vaquero y una camisa blanca. Algunas jóvenes se han girado a mirarlo; otras han venido directamente a saludarlo y hablar con él. No es muy mujeriego, pero hay que reconocer que las mujeres le persiguen. Juega en el equipo de baloncesto —en nuestro otro colegio ya era uno de los que mejor jugaban y, por lo que he oído, sigue siéndolo—, al igual que los amigos de su grupo. Natalia, por su parte, es del equipo de las animadoras y hoy ha venido con otras dos animadoras, aunque una de ellas se ha alejado a un rincón a enrollarse con un chico que, según me ha dicho Natalia, lleva

varias semanas rondándola.

Me siento un poco mayor comparada con ellos. Tomo un trago de mi bebida, a ver si me ayuda a integrarme, aunque cuando el alcohol me pasa por la garganta me hace toser.

—Tal vez no haya sido buena idea. —Kevin me quita la copa de las manos para dársela a Jack, que la acepta encantado, y me tiende la suya—. Toma. Bebe de mi refresco.

—No estaba muy malo —miento, y agradezco su bebida. En el coche le dije que quería probar el alcohol; Kevin me dijo que no me perdía nada pero, aun así, insistí. Ahora sé que no me gusta.

Kevin me sonrío. Estoy muy contenta de que esté a mi lado. Su presencia me tranquiliza y me hace sentir que al menos hay alguien conocido dentro de toda esta novedad.

—¿Tienes veinte años y no habías probado el alcohol? —me pregunta Carlos.

—¿No ves que ha sido madre? —comenta Natalia con asco.

Me preguntaba cuánto tiempo tardarían en saberlo.

—¿Madre? —me pregunta Carlos.

—Sí, y estoy muy orgullosa de serlo.

—Es lo que tiene ser una caliente...

—¡Eh! No te consiento que digas eso —le corta serio Kevin a Natalia.

—Sí, ese comentario ha estado totalmente fuera de lugar —la reprende Jack, mostrando tener más cabeza que su novia. Esta lo mira seria porque no le siga el rollo. No sé como esta chica puede gustarle a Jack. Esta semana me ha dado motivos para no tener buen concepto de ella. No solo por el episodio de Eimy, sino porque no hacía más que preguntar a Jack que cuándo la iba a llevar a cenar a un restaurante caro. A mi instituto van hijos tanto de gente trabajadora como de personas adineradas, y Jack y Natalia son hijos de padres ricos, pero en Natalia se nota más que en Jack. Según me dijo Kevin, la madre de Jack se casó con un hombre adinerado cuando él y su hermano ya habían nacido y se hizo cargo de ellos como si fueran sus hijos, pero no tienen tanto dinero como parece.

Me centro en lo que acaba de suceder. Esta escena ya la he vivido con anterioridad y hasta ahora nunca había contado con ningún amigo que me apoyara, como Kevin, pero estoy harta. Harta de que me consideren una fresca cuando no he hecho nada que no hagan las jóvenes de mi edad.

—Me das más morbo aún. Nunca me he acostado con una madre... —dice Carlos, que ya empieza a ponerme nerviosa con sus tonterías e insinuaciones. Pese a que Kevin le dijo que me dejara en paz, esta semana me ha soltado alguna más, y no me gusta un pelo.

—¡Basta ya!

Kevin me toma de la mano y me saca de aquí.

—Lo siento —me dice tras ponerme la chaqueta y salir de la discoteca—. Vamos a otro sitio.

—No sé cómo se han enterado.

—Es un pueblo pequeño... y Matt es importante. Habrá salido en la prensa.

—¿En la prensa?

Lo miro asombrada y Kevin me pone una mano en la cintura para llevarme a su coche.

—La gente juzga sin saber —comento cuando entro y me pongo el cinturón—. Yo solo me he acostado una vez con Matt, y desde entonces nada... ¡Dios, qué estoy diciendo! —comento avergonzada poniéndome las manos en la cara.

—Ya sabes que puedes confiar en mí —comenta Kevin quitando de mi cara las manos—. Dentro de esa discoteca hay muchas personas que hacen mucho más que tú y todos lo saben, y sin embargo nadie les juzga. Pero tú has tenido la «desgracia», o la gran suerte, de haberte quedado en estado.

—Soy muy afortunada por haber tenido a Matthew.

—Claro que lo eres, así que no les hagas caso.

—No lo hago, solo que me cansa que se repita una y otra vez la misma historia. En el otro instituto, cuando se filtró la noticia, pasó lo mismo. Claro que allí no te tenía a ti para defenderme —le digo agradecida.

—Lo hago encantado. Somos amigos. Vamos a otro lugar que conozco. Lo pasaremos bien.

Sonríó contagiada por su forma de ser.

—A mí me pareces mucho más interesante que las otras chicas. Lo que has vivido te ha convertido en la persona que eres ahora, y eres magnífica, Becca. Ya de niña tenías algo especial, pero tu experiencia te ha hecho una mujer mucho más fuerte y fascinante.

Sonríó por el halago de Kevin y siento como mi corazón late con fuerza. Hace años que nadie me dice algo bonito, y sus palabras me han calado muy adentro.

—Gracias.

—Al menos ya sonrías.

—A tu lado es fácil sonreír. Encontrarme contigo es lo mejor que me ha pasado últimamente. Haces que me sienta en paz.

Kevin solo me sonrío y me relajo en el asiento del coche viendo como nos alejamos del pueblo.

* * *

Me termino el refresco y me río cuando Kevin trata de sacarme a bailar por enésima vez. Al final me dejo llevar y acabamos en medio de la pista bailando una canción lenta. Kevin hace que me olvide de todo y también reafirma mi decisión de no pensar en nada; por un momento quiero pensar solo en mí.

—Esto no es la música que suena —le digo con una sonrisa, pues la canción que suena por los altavoces nada tiene que ver con el ritmo al que estamos bailando.

—¿Segura? —me dice al oído.

Me río. Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien. La última vez que disfruté tanto con un chico fue con Matt, y de eso hace muchos años... Desecho a Matt de mis pensamientos, es lo mejor para no amargarme la noche.

Asiento y sigo el ritmo que dicta Kevin. Me relajo en sus brazos y siento en el estómago algo parecido a las mariposas que una vez sentí por Matt, o que sentí alguna vez cuando Kevin me miraba.

Puede que de joven nunca llegara a sentir lo mismo por Kevin que por Matt, pero el pasado quedó atrás y no va a volver.

Alzo la cabeza creyendo que Kevin me ha dicho algo y, sin saber muy bien quién da el primer paso, acabamos besándonos, recorriendo con nuestros labios el lugar en el que segundos antes se habían posado nuestros ojos.

Su beso es dulce y noto como el corazón me martillea con fuerza en el pecho. Mi mente traicionera recuerda los besos de Matt y cómo me sentía tocar el cielo con cada uno de ellos. Pero eso fue hace mucho tiempo. Desde que Matt me dejó tirada, no he estado con nadie ni me he dejado llevar por el dulce placer de los besos y no hay duda de que Kevin es todo un experto.

Me acerca a él y me dejo llevar, temerosa, sin saber muy bien si esto es lo que deseo o algo que me impongo para forzarme a olvidar.

Kevin me besa con mucha ternura, no me asusta y no puedo evitar corresponderle de la misma manera, atrapada en la red de pasión que está tejiendo. Sin embargo, aunque trato de olvidarlo, mi mente insiste en recordar a Matt y cada uno de los momentos que compartimos juntos. Aprieto el puño y me separo de los labios de Kevin, no así de sus abrazos, que recibo gustosa, y me cojo con fuerza a su pecho, pues ahora que el embrujo ha pasado, me invade la vergüenza. ¿Qué he hecho?

—Siento haberme dejado llevar. Vamos fuera —me dice al oído.

Me toma de la mano y lo sigo varios pasos por detrás. ¡Me estoy comportando como una adolescente ingenua y tonta! Kevin coge nuestras cosas y me pongo la chaqueta.

Cuando salimos del local, meto las manos en los bolsillos y dejo la vista fija en su coche para evitar mirarle a los ojos. No sé qué decir.

—La única excusa que puedo darte es que tenía ganas de besarte... Me encantabas antes y me fascinas ahora.

—No pasa nada. El momento...

Siento una mano de Kevin en mi barbilla y me hace mirarlo a los ojos.

—¿Te ha gustado?

—Sí, eso no te lo puedo negar... —le respondo con una sonrisa, aunque decido decirle la verdad—.

Pero me he sentido rara. No he besado a nadie desde que tenía quince años y no pude evitar acordarme de Matt. Cuando estaba con él, creía que lo nuestro sería para toda la vida..., que era mi príncipe azul, pero no lo fue. El daño que me hizo eclipsó lo que sentía por él... Pese a eso lo perdoné y ahora solo somos amigos... Pero mi mente se ha

empeñado en recordarle cuando me besabas. Dios, debe de sonar horrible dicho así, que compare tus besos con los de Matt...

Kevin me sonrío y me acaricia la mejilla.

—No me agrada saber que pensabas en otro cuando te besaba, pero te comprendo.

—No quiero decir que no me gustara... lo siento, no soy buena en esto..., no sé bien...

Kevin me pone un dedo en los labios.

—No estoy enamorado de ti, pero me atraes. ¿Por qué no ver hasta dónde nos lleva esto? Por tus besos sé que no te soy tan indiferente, y nos conocemos lo suficiente para saber que nos compenetramos.

Tal vez el destino ha querido que volvamos a encontrarnos por algún motivo.

—Ya, pero...

—Estás pensando otra vez como la Becca madre —adivina Kevin.

—Es lo que soy. Aunque esta noche haya sido atípica, esa es la realidad.

—También es una realidad que por ser madre no dejas de ser mujer. Sigues siendo tú, Becca. Y no haces daño a Matthew queriendo vivir.

Agacho la mirada y pienso en las palabras de Kevin. No puedo negar que me atrae y me gusta su forma de ser. Y aún más importante, gracias a las experiencias que hemos vivido en estos años, cada uno por su lado, me siento identificada con él en muchas cosas. Pero no sé si eso es suficiente para llegar a amarlo algún día. Antes solo me fascinaba, pero en mi mente siempre estaba Matt. Y ahora... no lo sé.

—Estoy hecha un lío.

—Al menos eso quiere decir que lo pensarás.

Le sonrío y cuando propone irnos, no le digo que no. Por hoy ya he tenido suficientes emociones.

MATT

Desde la ventana de la biblioteca, veo a Becca bajar del coche de Kevin y a este salir de él para acompañarla. Me termino el *whisky* mientras ellos se despiden frente a la mansión. Son más de las tres de la mañana y, aunque me gustaría pensar que no me he quedado despierto esperándola, me mentiría.

Becca abre la verja de fuera con la llave que le di. Parece que le está diciendo a Kevin algo. Solo puedo verlos de perfil y no adivino lo que puede ser. Los miro intrigado y me quedo impactado cuando Kevin toma la cara de Becca y la besa. Enseguida mi mente grita: «¡Es mía!».

Enfurecido, poseído y fuera de control, salgo afuera. Llego a la puerta de la entrada al tiempo que Becca entra.

—Buenas noches...

—Para unos mejor que para otros. —La tomo de la mano y me la llevo a la biblioteca tras

cerrar la puerta de la calle.

—¿Se puede saber qué te pasa? —me dice cuando entramos y la suelto.

—¿Qué es Kevin para ti? ¿He visto como os besabais! ¿Era tu novio antes? ¿De eso lo conoces?

—¿Y a ti qué te importa?!

Trato de recuperar la calma. Tiene razón, pero aun así respondo:

—Tenemos un hijo en común y creo que me importa más que a nadie lo que hagas con tu vida si esto puede afectarle.

—¡Tú estás con Marie y yo no te he dicho nada! ¡Lo que yo haga o deje de hacer es cosa mía! —me grita con los ojos encendidos por la furia.

—Y mía —le digo antes de cogerla entre mis brazos y bajar mi boca, hambrienta de sus besos, a sus labios. Becca tiene los labios entreabiertos por la sorpresa y, aunque al principio se resiste, no tarda mucho en verse arrastrada por esa pasión que ya nos consumió hace años, solo que no recordaba que fuera tan intenso besarla. Siento sus cálidos labios adaptarse a los míos y todo lo demás queda relegado a un segundo plano. Ahora mismo solo soy consciente de ella. La acerco a la pared y acaricio su mejilla para tener mejor acceso a sus labios. Nunca he besado a nadie con tanta desesperación, con tanta pasión contenida. Con tanto deseo y, al mismo tiempo, miedo de que este placer tenga los segundos contados.

La acerco más a mí, acomodando sus curvas a mi cuerpo. Ahora yo soy más alto y su menudo cuerpo encaja en el mío de una manera en que antes no lo hacía. Cinco años han pasado desde que la besé por última vez, pero parece que mi mente no ha olvidado ni uno solo de nuestros besos y lleva todo este tiempo ansiando repetirlos.

Aspiro su característico aroma cuando devoro el lóbulo de su oreja. Mis manos expertas ya le han quitado la chaqueta y su cuello, libre de cualquier prenda, se muestra ante mí para que mis labios puedan danzar por él a su antojo. Esto es una locura, pero no puedo detenerme. Con cada beso que le doy, pienso en uno más... y nunca es suficiente. ¿Qué me pasa?

Becca acaricia mi pecho y vibro con sus caricias.

—Matt...

La forma que tiene de decirlo me hace mirarla. Nuestros ojos se encuentran; es como si nos viéramos por primera vez de verdad en todo este tiempo. Como si no hubiera pasado nada y siguiéramos siendo esos jóvenes que se besaban sin temor al mañana. Pero poco a poco la realidad se abre paso entre nosotros y noto como los ojos de Becca, que antes estaban nublados por la pasión, ahora se advierten serios y distantes.

Me empuja para separarse y la dejo ir.

—¿Por qué me has besado? —me reprocha—. ¡¿No podías dejarme en paz?!

—Me apetecía.

Becca me abofetea y lo encajo sin decir nada; me lo merezco. Pero es mejor eso que

explicar que los celos me consumieron por dentro al verla con Kevin. Me he comportado como un animal marcando mi territorio. Esto no debería haber pasado.

—Pues espero que a partir de ahora, cuando te apetezca, llames a tu novia y a mí me dejes en paz.

La dejo irse sin contradecirle en lo de Marie. Ella no es mi novia, es mi nada. Si nuestra relación ya era rara antes de Matthew, cuando este llegó terminó por romperse, ya que a Marie no le gustan los niños y a mí no me afectó que ella prefiriera distanciarse. Sin embargo, es mejor que Becca siga pensando eso de ella, pues ni yo mismo sé cómo comportarme a partir de ahora después de lo que acaba de pasar. Solo sé que no debería haberla besado, porque ahora me costará aún más apartar de mi mente el recuerdo de sus labios.

BECCA

Cojo el móvil de la mesilla para mirar qué hora es, pero en cuanto lo veo lo vuelvo a dejar con rabia, pues es un móvil de Matt. Son casi las siete y no he conseguido dormir más de dos horas seguidas.

No paro de recordar lo sucedido anoche y, aunque me gustaría decir que me he pasado la noche pensando en los besos de Kevin, no es así, pues cada vez que cerraba los ojos mi mente recordaba los de Matt y lo que estos me hicieron sentir. Hacía tiempo que ni mi cuerpo ni yo misma nos sentíamos tan vivos. Aún siento en el estómago las dichas mariposas que despertó ayer su contacto. ¿Por qué no puedo olvidarle?

Estoy enfadada con él por haberme besado, pero más conmigo por seguir sintiendo algo por Matt. Él no es para mí.

Me levanto resignada a no dormir más por hoy y, tras cambiar la tarjeta a mi antiguo móvil, me pongo el chándal para irme a correr por el lago. Antes de salir, me asomo al cuarto de Matthew y compruebo que está dormido como un angelito, ajeno a todo, y una vez más siento envidia de su inocencia.

Cuando son cerca de las nueve, me dejo caer junto a un árbol y me quedo observando las tranquilas aguas del lago. Mis pensamientos no me dan tregua, ni siquiera faltándome el aire por la carrera. ¡Oh, cómo odio a Matt!

—Hola. —Me giro y veo a Elen caminando hacia mí—. No esperaba verte por aquí.

—Yo tampoco a ti.

—Me apetecía escapar de palacio y esta es una buena hora para no tener a la prensa pisándote los talones.

Eso me recuerda lo que ayer dijo Natalia.

—Oye, ¿sabes si ha salido algo sobre mí en la prensa?

—Sí. ¿No lo sabías?

—Sabes que no me gustan los cotilleos.

—Lo vi cuando miraba las fotos que nos habían sacado a Liam a mí. No sé cómo Liam puede acostumbrarse a esto.

—¿Eres feliz?

—Sí, pese a todo, soy muy feliz. Aunque a veces necesite un «respiro real»... —comenta con doble sentido—. ¿Y tú qué tal?

—Pues no sabría decirte... —Mientras le cuento lo de ayer, Elen me mira asombrada, y no es para menos. Dicho en alto, parece aún más increíble y surrealista—. No sé por qué Matt me besó...

—Tal vez sintió celos.

—¡Eso es ridículo! Él no siente por mí más que resentimiento.

—Y deseo, por lo que parece.

—El deseo no lleva a ningún sitio. Cuando se apaga, si no hay amor, no queda nada.

—Cierto, pero puede avivar las ascuas de un amor que ya hubo...

—No sigas por ahí. Lo nuestro está acabado para siempre —le comento enfadada.

—Lo siento —me dice, aunque su sonrisa indica lo contrario—, esta semana he estado mucho tiempo con Laia y me ha pegado su vena romántica.

—¿Ya la has perdonado?

—Sí, es una de mis mejores amigas. Y, por cierto, tienes que conocer a los amigos de Laia y Liam.

Esta tarde nos escaparemos para ir a casa de Dulce y Ángel. No los conozco aún. ¿Vendréis?

—Yo no, desde luego. Matt que haga lo que quiera.

—¿Y si te dice Kevin de ir?

—Lo mejor es cortar todo por lo sano...

—Y encerrarte en tu cuarto sin sentir, sin vivir. Eres madre, no una muerta.

—No empieces —replico enfurruñada, pues no es la primera vez que tenemos esta conversación—. Tengo responsabilidades...

—¿Quieres que te diga lo que te digo siempre?

—No hace falta —le digo entre dientes, pues sé que me va a recordar que no es malo hacer cosas de jóvenes de mi edad.

—Bien, entonces déjate llevar. Si estás tan segura de que Matt no es para ti...

—No lo es, ni lo será, ni nada de nada —digo con convencimiento, aunque con cada afirmación mi mente me pregunta: «¿Estás segura?».

—Pues si tan segura estás, no sé por qué no puedes ver a dónde te lleva tu atracción por Kevin.

—No sé qué hacer.

—Meter la cabeza bajo tierra como los avestruces, no.

—Tú lo hiciste.

—¿Y a dónde me ha llevado eso? Al punto de partida, solo que he perdido siete años en darme cuenta de que este era mi lugar. No pierdas el tiempo como hice yo. Nunca se sabe qué puede ocurrir en esta vida, y me aterra pensar qué hubiera pasado si él hubiera estado con otra mientras yo seguía amándolo en silencio por mis miedos e inseguridades.

—No pienses en eso —le digo cogiéndole las manos—. Ahora estáis juntos.

—Cierto, y tú debes empezar a vivir para ti. Así que esta tarde tienes que venirte y cenar con nosotros.

—No sé...

—Además, Kevin ya te conoce y el destino os ha vuelto a unir. No es como ese Fer que conociste un día, que tras descubrir que tenías un hijo salió espantado antes incluso de la primera cita.

—No me acordaba de él... ¡Mi vida amorosa ha sido un desastre!

Recuerdo a Fer. Era un compañero de trabajo y me estuvo insistiendo mucho para que saliéramos un día. Al final acepté, pero al venir a la casa a buscarme, mientras me esperaba para irnos, se encontró con Matthew y salió literalmente espantado, como si hubiera fuego. No volví a saber de él.

—Puede que yo no sea la más indicada para darte consejos, pero Laia es una romántica, aconseja muy bien y, en cierta forma, su historia me recuerda a la tuya. Tras superar varios baches acabó con Adair, el chico del que se enamoró con doce años. Luchó mucho por él.

Pienso en Matt cuando éramos niños. Yo sentía fascinación por él desde que era muy pequeña, y poco a poco se transformó en amor...

—¿Qué me quieres decir? ¿Que luche por Matt? No puedo. Sabes que Matthew podría reponerse de perder a un padre postizo si las cosas salen mal, pero no a su propio padre. ¿Y quién me dice que cuando Matt tenga dudas no saldrá corriendo? No me fío de él en ese sentido.

—Sí, no ha sido un buen ejemplo en el pasado..., no sé qué aconsejarte.

Nos quedamos en silencio hasta que la melodía de mi móvil lo rompe. Es Kevin.

—Buenos días —le contesto algo mal por lo que sucedió anoche.

—Hola. Me han dicho en tu casa que has salido a correr. Te he traído el desayuno. ¿Estás cerca?

—En el lago con Elen. —Nada más decirlo me arrepiento. No estoy preparada para verlo y tampoco estoy presentable. Aunque si sale espantado, no tengo que decidir qué hacer con él... ¿Qué estoy diciendo?

—De acuerdo. Nos vemos ahora.

—Como quieras. —Cuelgo y miro a una sonriente Elen.

—Así lo conozco y te digo qué me parece.

—Todo esto es un error. ¡No sé qué me pasa desde que estoy aquí!

—Que la responsabilidad de Matthew ya no recae solo en ti. Eso te está dando un pequeño respiro y en ese respiro te estás encontrando a ti misma de nuevo.

—Estaba mejor antes.

Elen se ríe.

—¡Menudas valientes estamos hechas!

Le sonrío con cariño. Al poco escuchamos el ruido de una moto, que no tarda en aparecer siguiendo la orilla del lago. Cuando Kevin nos ve, reduce la marcha y se detiene a pocos metros de nosotras.

—Qué vergüenza —le murmuro a Elen, que se ríe de mí.

—Su entrada ha sido impactante. Anda, levántate.

Nos levantamos mientras Kevin se quita el casco. Sus intensos ojos verdes me estudian y me sonrían antes de posarse en Elen.

—Hola. Ella es Elen.

—Encantada de conocerte, Kevin. Qué alegría que después de tantos años os hayáis encontrado,

¿no? —Elen le da dos besos y empieza a alejarse. ¿A dónde demonios va?—. Bueno, yo me voy, que he quedado con Liam. Nos vemos esta tarde —comenta mirándome con una sonrisa. ¿Y ahora qué?

—No tienes buena cara —dice Kevin cuando estamos solos.

—No me he maquillado...

Kevin se ríe y se sienta a mi lado.

—No me refería a eso. Te he traído churros. Dentro de poco me tengo que ir a trabajar.

—Yo tengo que buscarme un empleo; así pasaré menos tiempo en la mansión —comento aceptando un churro de la bolsa y dándole un bocado.

—¿Ha pasado algo? —Casi me atraganto. Lo miro y asiento. No quiero mentirle, es mi amigo—.¿Qué ha sido?

Trago y miro hacia el lago.

—Anoche, cuando me dejaste, Matt me besó... y yo le respondí. ¡Soy una persona horrible!

Me levanto y camino hacia la orilla del lago, sintiéndome aún más miserable que ayer. Me llevo la mano al estómago; me duele de los nervios. Al poco noto a Kevin a mi lado, pero no me atrevo a mirarlo.

—¿Qué sientes por él?

—Eso es lo de menos. Me falló cuando más lo necesitaba..., luego lo perdoné, pero no creo que pueda volver a confiar en él.

—Sientes algo.

—¿Sabes cuántas veces deseé que me sacara de aquel infierno? ¡Su padre era un monstruo! —exploto, decidida a contar todo lo que he estado callando estos años—. Me golpeó la noche de bodas porque no quería acostarme con él, y encima, mi propio padre me dijo que lo aceptara con resignación, que era mi esposo. ¡Nadie me apoyaba! Y a pesar de que Matt me había dejado cometer mi gran estupidez, ¡siempre deseaba que apareciera! ¡Era mi príncipe azul! Con cada golpe y con cada humillación que recibía fui odiándolo cada vez más y borrando todo sueño de príncipes y princesas de mi cabeza. Después de varias semanas estaba tan cansada y angustiada que no sabía ni en qué día vivía.

Cuando el padre de Matt decidió que ya había esperado bastante para hacerme suya, pude librarme de él porque lo golpeé con un jarrón que tenía cerca y el desgraciado se había dejado la puerta abierta. Bajé por las escaleras con lo puesto y fui a ver a mi padre, pero cuando vi que iba a delatarme, corrí en dirección contraria y escapé de la casa sin nada. Un hombre me encontró herida en la calle y me llevó al hospital. Al despertar, me pidieron mis datos para llamar a mis familiares. Me aterró y escapé de allí.

Desde ese día mi vida cambió; me quedé sola en el mundo. ¿Cómo puedo perdonar y olvidar algo así?

¡Ese día Matt estaba en ese castillo, tuvo que oír mis gritos! ¿Por qué no me ayudó?
¿Tanto me odiaba?

Trato de no llorar, pero el amargo recuerdo hace que varias lágrimas rueden por mis mejillas. Al poco, siento el brazo de Kevin por encima de mi hombro y me dejo abrazar; lo necesitaba.

—Yo no estaba en el palacio. —La voz dura de Matt me sobresalta y me separo un poco de Kevin para girarme hacia él. Está a pocos metros, mirándome, con el semblante serio y descompuesto.

—Kevin, quiero hablar con ella a solas, si no te importa.

Kevin me mira y asiento.

—Está bien. —Me sonrío y se pone el casco antes de irse.

Me vuelvo de nuevo hacia el lago, incapaz de mirar a Matt a la cara. He dicho en voz alta algo que hace años escondí en lo más recóndito de mi ser. Ni siquiera Elen lo sabe. Solo sabe que no lo pasé bien, pero no lo que me hicieron. Me gustaría decir que me siento liberada. Por desgracia, no es así.

—Fui a la capilla el día que te casaste con mi padre. Cuando dijiste el «sí quiero», me marché.

—¿Por qué no me detuviste?

—Yo ignoraba todo lo que pasaba. Creía que ibas al matrimonio convencida y después ya no volvimos a hablar.

—Comprendo.

—¡Maldita sea, Becca! —Matt me gira hacia él y su cara de dolor se me clava en el alma—. ¿De verdad pensabas que si te veía sufrir no iba a hacer nada?

—Dejaste que me casara con él, aun sabiendo el miedo que le tenía, ¿no?

—Lo sé. No tengo excusa para eso... —Se pasa la mano por el pelo—. Lo siento. Lo siento de veras. Ahora entiendo por qué te costó tanto decirme la verdad de Matthew: tú creías que miraría hacia otro lado, igual que había hecho con tu sufrimiento en casa de mi padre.

—¿Y qué esperabas que pensara? Con cada golpe que me daba tu padre, más te odiaba. Al menos tuve suerte de que nunca me golpeará en el estómago, él prefería cebarse con mi cara o mis piernas. Al final el odio que sentía hacia ti se convirtió en lo único que me daba fuerzas para seguir adelante.

—Entonces me alegro de que me odiaras, porque te sacó de ese infierno.

Asiento y nos quedamos en silencio.

—Sé que no sirve de nada decirte lo mucho que me ha dolido enterarme de esto. Te juro que no sabía nada...

—Ahora lo sé.

—Pero la herida sigue abierta; no creo que tú puedas olvidar lo que pasó o que yo pueda perdonarme.

—El pasado ya no se puede cambiar, para bien o para mal. —Me atrevo a mirar a Matt y me pierdo en sus intensos ojos azules. Mi corazón traicionero late con fuerza desde que él ha llegado.

—Me gustaría volver atrás en el tiempo.

—Pero no se puede. El tiempo siempre va hacia delante —le respondo.

—Tal vez algún día consigas perdonarme.

—Y tú a ti mismo.

Matt asiente y toma aire. Veo que alza una de sus manos para acariciarme la mejilla, pero niego con la cabeza.

—Estoy bien. —Y doy un paso hacia atrás para poner distancia entre los dos.

—Admiro tu fuerza.

Me sonrojo y asiento.

—¿Por qué estás aquí? —comento, deseando cambiar de tema, pues este me está asfixiando. Lo peor de todo es que acabo de darme cuenta de que no he dejado de amar a Matt, y que cada día que pase tal vez lo ame más y con más intensidad que antes. Pero el pasado, mi miedo a vivir otro infierno igual, van de la mano de lo que siento, y ese amor no es suficiente para borrar mis recuerdos...

—Te juro que si pudiera volver atrás, lo haría, y me enfrentaría a mi padre. Yo no quería que padecieras eso.

—Te creo...

—Antes has dicho que el tiempo siempre va hacia delante. —Lo observo intrigada por lo que pueda decir después—. Ambos somos distintos. Estos años nos han hecho madurar, nos han dotado de más conocimiento y, aunque te cueste creerlo, no cometería el mismo

error.

—¿Qué quieres decir?

—Que pienso luchar por ti.

Agrando los ojos y siento que el corazón me da un vuelco en el pecho, impactado por estas palabras que no esperaba escuchar nunca de los labios de Matt.

—Ya es tarde...

—Nunca es tarde. —Me acaricia y lo dejo hacer. Siento su cálida mano en mi mejilla y una parte de mí grita: «¡Sí!», mientras que otra está recelosa.

—No confío en ti... ¿Quién me asegura que no me harás daño de nuevo?

—Nadie.

—¿Esto es una locura! —estallo y me separo de él—. ¿Sabes lo que pasaría si saliera mal? Que Matthew sufriría. Sé que a él le gusta vernos juntos..., pero no puedo permitir que sufra por mi culpa. Por nuestra culpa.

—¿Entonces?

—Entonces es mejor dejar todo como está...

—¿Y lanzarte a los brazos de Kevin? Solo he necesitado una noche para darme cuenta de la realidad. Si vine aquí a buscarte fue para hablar esto contigo, pero tu confesión sobre lo que pasó aún me ha hecho entenderte más y sí, también me ha hecho sentir más miserable. ¿Esperas que mire hacia otro lado, como hice hace años? Ya te he dicho que no soy el mismo. Y esta vez no pienso hacerlo.

Se va enfurruñado y yo lo veo alejarse, sin tener muy claro cómo hemos quedado. Y mucho menos qué hacer ahora. Me siento más perdida que antes.



CAPÍTULO 11

MATT

Llego a mi casa y me encierro en el despacho tras decir al servicio que nadie me moleste. Estoy enfadado, molesto e irritado. Conmigo mismo y con el mundo. Anoche me arrepentí por haberla besado, pero no porque no me hubiera gustado. Al contrario, porque fui consciente de mis sentimientos y la verdad que siempre había tenido delante se mostró tal cual es: que ella siempre ha sido la única para mí.

El tiempo no me ha hecho olvidarla, aunque sí odiarla por su decisión, pero al encontrarnos de nuevo, al ir entendiéndola, poco a poco mis murallas se han ido destruyendo. Y verla ayer con otro que no era yo fue el detonante para que las murallas se desplomaran. Llevo toda la noche dándole vueltas.

Inquieto y pensando en ella, en mí, en nosotros tres. Y aunque buscaba excusas para no luchar por nosotros, ninguna tenía el suficiente peso como para hacerme olvidar que debo intentarlo.

Esta mañana, cuando bajé a desayunar, mi madre me dijo que Kevin había llamado preguntando por Becca y que, al decirle dónde estaba, se había ido a buscarla. Sentí rabia, celos, y pensé: «Hasta aquí».

Lo que no esperaba encontrarme cuando llegué era la confesión de Becca de lo que había padecido hasta que pudo escaparse. Intuía que no había sido fácil, pero en lo más profundo de mi ser deseaba que no hubiera sido tanto. Escucharla me hizo sentirme mucho más ruin por no haber leído su nota. Me sentí desesperado y culpable. Muy culpable.

Que Kevin la abrazara cuando yo deseaba ser el consuelo de Becca desató lo que vino a continuación. Tal vez tenía que haberlo pensado más, haberlo dicho de otra forma..., pero lo que le dije es la única verdad: quiero luchar por ella. Algo que, desgraciadamente, no he hecho hasta ahora.

Hace años me hice a un lado y no quise ver la realidad. No pienso cometer dos veces el mismo error, aunque en este caso Kevin sí sea un chico que merece la pena, y no como mi

padre.

Miro el reloj. Me he pasado todo el día centrado con mis estudios y en mis empresas, haciendo llamadas y, sobre todo, no queriendo pensar en nada. Mi madre me ha traído una bandeja con comida y Matthew ha entrado un rato a pintar en su pequeño escritorio. Pero de Becca no he sabido nada. Y aunque mi intento era dejar de pensar por un momento en ella, no lo he logrado.

—¿Se puede?

Alzo la mirada y veo abrir la puerta a Liam.

—Sí, claro. ¿Qué haces aquí?

—Vine con Elen para que convenciera a Becca de ir a casa de Dulce y Ángel.

—Cierto..., lo había olvidado.

—Pues deberías ir preparándote —me comenta sonriente—. Nos vamos en tu coche, el que tiene las lunas de atrás tintadas.

—Veo que has pensado en todo.

—Sí, la prensa no deja en paz a Elen —comenta algo serio.

—¿Temes que eso la agobie y se vuelva a ir?

—Sí —me confiesa Liam.

—Nunca se puede dejar de vivir sin miedo.

—Nunca. Si no tuviera miedo a perderla, sería porque no es tan importante para mí como creía, pero sí lo es. El miedo me hace ser consciente de lo afortunado que soy por tenerla a mi lado.

En ese momento, mi hijo entra en el despacho y se tira a mis brazos.

—¡Elen ha convencido a mamá! ¡Nos vamos los tres! Bueno, con los tíos... —El pequeño mira a Liam y le sonríe.

—Matty, tu madre dice que subas a cambiarte —le dice Elen, que ha entrado tras el pequeño.

—¿Has bajado solo por las escaleras? —le pregunto. Cuando vinieron aquí a vivir, le dije que nunca bajara solo.

—Tranquilo, ha bajado con su niñera —contesta Elen—. Te espera en las escaleras.

—Yo puedo hacerlo solo —refunfuña Matthew antes de irse.

Subo a cambiarme tras disculparme con Liam y Elen. Cuando bajo, me indican que ya están montados en el coche esperándome, así que me dirijo hacia allí. Cuando me ve salir de la casa, Matthew me saluda con la mano sentado en su sillita en el lado del copiloto. Al meterme en el coche, miro por el retrovisor a Becca, pero esta me evita, pues no separa los ojos de la ventanilla. Ya habrá tiempo luego de hablar.

No tardamos mucho en llegar a la casa. Matthew, que ya los conoce a todos, nada más entrar va corriendo a buscar a Neill, ignorando a Dulce, que lo mira sonriente.

Becca se queda retrasada, hasta que Elen la toma de la mano.

—Yo tampoco conozco a la mayoría. Es extraño regresar a un lugar que conoces y ver que es totalmente distinto. Todo ha cambiado, en muchos sentidos, por aquí —reconoce Elen.

Becca le sonrío y Liam pone una protectora mano en la cintura de Elen.

—Tú eres la famosa, Elen, la prensa no para de hablar de ti —comenta Jenna, que acaba de acercarse a dar dos besos a Elen—. Y Laia tampoco para de hablar de ti —añade con una sonrisa. Luego saluda a Becca—. Vamos, pasad. Aún no estamos todos, ya irán llegando con cuentagotas.

Entramos y le doy un beso a Jenna en la mejilla.

—¿Qué tal estás?

—Bueno, estoy... Robert se ha quedado trabajando.

—Con ella.

—Sí. ¿Estoy siendo egoísta? —Me mira con sus preciosos ojos y pienso en lo que sentí anoche al ver a Becca con Kevin.

—Cuando se siente, el amor no entiende de razones.

—Esa frase parece más salida de Laia —comenta riendo—. Al final nos acabará pegando a todos su vena romántica.

Me río y salimos juntos a la parte trasera. Nora viene corriendo hacia mí y me agacho para besarla. Un segundo después noto que alguien la aparta de mis brazos y veo a Matthew, molesto, mirándola.

—No beses a esta niña tonta.

—Matty, no la insultes, pídele perdón —le digo serio, pero él solo pone morros y se va sin disculparse, así que me giro hacia Nora—. No le hagas caso.

—Él también es tonto —concluye casi con indiferencia, y se va a marear a Ángel, que la recibe con los brazos abiertos.

Me acerco a él y le doy la mano.

—¿Ya has vuelto?

—Sí, y espero que esta vez para más tiempo —me responde con Nora en los brazos. Ángel acaba de presentarse a Elen y a Becca, que se han ido a sentar un poco alejadas. Liam ha entrado a hablar por el móvil a la cocina.

—Creía que seríamos los últimos en llegar.

—Aún faltan unos cuantos. Y Robert no ha podido venir... Por cierto, ¿qué le pasa a Jenna? —me pregunta mirando a Jenna, que está observando a Neill y a Matthew seria.

—Problemas en el paraíso —le digo antes de ir hacia ella—. Jenna. —Ella se gira y me mira con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Qué te pasa?

No necesita más para echarse en mis brazos y romper a llorar. ¡Maldita sea!, no está bien. No está nada bien. Aunque sé que no es culpa de Robert, en este momento no puedo evitar

enfadarme con él por permitir que esté así. La abrazo con fuerza y ella se deja abrazar. Poco a poco se van acercando los demás. Becca se pone a su lado y me mira de reojo, y luego cruza una mirada furtiva con Elen, como si ambas pudieran hablarse telepáticamente.

—Lo siento..., no sé qué me ha pasado... ¿Puedo ir a tu aseo a arreglarme? —le pregunta Jenna a Dulce. Esta la coge de la mano y les indica a Elen y a Becca que vayan con ellas.

—Reunión de chicas. Ahora sois parte de este grupo.

—¡Yo también soy chica! —comenta Nora, pero Ángel no la baja al suelo.

—Tú solo eres una niña tonta —le dice Matthew levantando la vista de la consola.

—Matty...

Él alza los hombros y sigue a lo suyo. «Luego tendré que hablar seriamente con él», pienso.

—Ya me estás contando ahora mismo qué demonios está pasando —me dice Ángel con el ceño fruncido.

Se lo relato, preocupado por Jenna e intrigado por lo que Elen y Becca se habrán querido decir con esa mirada de complicidad.

BECCA

Dulce maquilla a Jenna una vez que esta se ha lavado la cara. Miro una vez más a Elen, y ella asiente y le pregunta:

—Jenna..., ¿has sabido algo más? —Elen sabe lo de Robert porque se lo conté por el móvil esta semana.

Jenna nos mira a las tres y niega con la cabeza.

—No, pero estoy tan sensible que tengo miedo de hablar con él y que me diga que lo ha pensado y quiere dejarlo... Lo evito sin querer. Y esto nos está distanciando.

Dulce la abraza y Elen le pone una mano en el brazo.

—¡Estáis aquí! —Laia entra en la habitación; lleva su pelo rubio oscuro suelto y sus ojos grandes y verdes muestran enfado—. ¡No me puedo creer lo que ha hecho tu novio!

Laia se fija en nosotras y nos saluda, primero a Elen, a quien le da dos besos y un abrazo, y luego me mira a mí con una sonrisa y se presenta.

—Siento haber entrado tan alterada. Me alegra teneros aquí.

Asiento.

—¿Qué ha hecho ahora Robert? —pregunta tensa Jenna.

—¡Ha traído a Mar a la cena! Han llegado al mismo tiempo que nosotros.

Jenna abre la boca para hablar, pero no le salen las palabras. Pobrecita.

—No me lo puedo creer...

—Lo mejor es que no note que te molesta. Si quiere guerra, se la vamos a dar —dice

Dulce enfadada. Las demás asienten y yo me siento algo fuera de lugar.

—Creo que la culpa, en parte, la tiene cómo empezamos. —La miro intrigada. Jenna se da cuenta de que no sé a qué se refiere y me explica—: Cuando nos conocimos, Robert era el novio de mi hermana, pero no pudimos dejar de sentirnos atraídos el uno por el otro. Y temo que estando conmigo la historia se repita con otra chica.

—Comprendo —le digo—. Bueno, no tiene por qué pasar lo mismo... —Pero en cuanto lo digo, me doy cuenta de que no soy la más apropiada para dar consejos—. Perdón. Yo...

—A veces los hombres son tontos —dice Dulce enfadada, como apoyando mi comentario—. Hasta que la tía en cuestión no se les declara o se les tira encima, son incapaces de ver que les están tirando los trastos, y creo que a Robert le está pasando eso.

Tocan a la puerta y Ángel la abre un poco y se asoma.

—Sé que os encantan estas charlas de solo chicas, pero debéis bajar. —Jenna toma aire y se levanta—. Tú vales mucho más que ella.

Jenna le sonrío con timidez y se mira en el espejo. Bajo detrás de Elen, que no para de contar cosas a Laia; Dulce se ha quedado rezagada con Jenna y Ángel viene detrás de mí. Aún me parece increíble conocerle en persona. Veo desde hace tiempo sus apariciones en televisión y me llama mucho la atención su forma de narrar los hechos. Ha sido un impacto verlo aquí.

Cuando salgo al patio Adair se acerca a saludarme, y busco a Matthew. Está sentado con Neill, jugando. Matt está cerca y, aunque no quiero encontrarme con su mirada, al final nuestros ojos se entrelazan y enseguida mi mente recuerda sus palabras. El miedo a volver a entregarme por entero a él y que me falle sigue tan presente como antes, pero no puedo negar que su declaración ha hecho mella en mí.

Hasta ayer pensaba que lo nuestro era imposible. Que nunca habría nada entre los dos..., pero ya no estoy tan segura. No puedo negar que él me hace sentir algo que nadie hasta ahora había logrado. ¿De verdad lucharía por mí? ¿De verdad ha cambiado? Tengo mis dudas, y esas dudas son las que me hacen ser prudente.

Aparto la mirada y me siento con Elen y Laia en una de las sillas que hay cerca de una mesa. Dulce y Jenna no tardan mucho en bajar; esta última saluda a Robert con la cabeza y se sienta a nuestro lado.

Robert, al verla tan distante, tensa la mandíbula y trata de venir hacia ella, pero no ha dado ni dos pasos cuando Mar lo coge del brazo y le dice que tiene que hablar con él.

—Y yo tengo que hablar contigo —comenta Matt serio, y sin más, coge a Mar del brazo.

Robert los observa alejarse contrariado y, sin perder más tiempo, va hacia Jenna y le tiende una mano para que se levante. Se van los dos hacia un lado apartado del jardín. Jenna trata de esquivar la mirada pero Robert le alza la barbilla y la besa. Al final Jenna acaba abrazada a él y veo como los ojos se le humedecen.

—¿Es normal que Jenna esté tan sensible? —pregunto a Dulce, que se ha sentado a mi lado y tiene también los ojos llenos de lágrimas.

—No..., pero tal vez la situación le hace actuar así...

—¿Y a ti qué te pasa? —le pregunta Laia.

—Nada... —responde carraspeando y secándose los ojos.

—¿Nada? Lo que te pasa es que estás embarazada y te crees que somos tontos y no nos damos cuenta. ¿A qué esperáis para contarme que voy a ser tía? —dice Laia haciéndose la enfadada pero con una sonrisita.

—¿Tanto se nota?

—¿Se le notaba a Bianca? —Dulce asiente a Laia—. Pues a ti lo mismo.

—Está bien, vas a ser tía...

Laia da un grito y se tira a sus brazos.

—Mi hermana al final se lo ha sacado —comenta Ángel, que se ha acercado—. Me preguntaba cuánto tiempo iba a tardar en descubrirlo.

Al poco los felicitan los demás. Ver su dicha y la ilusión porque llegue un miembro más al grupo me hace sentir envidia sana por ellos.

—Mamá, ¿qué pasa? —me pregunta Matthew cogiéndome de la mano.

—Que Dulce va a tener un bebé —le digo sonriéndole.

Él la mira y pone la manita en su tripa.

—Ojalá sea un chico. Las niñas no sirven para nada.

—¿Y yo qué soy?

Me mira serio, como si me hubiera vuelto loca, y dice:

—¡Una mamá! Tú eres una mamá.

Y sin más se va. Laia rompe a reír y yo con ella.

—No sé qué le ha dado con las niñas...

—Es normal a esta edad. Nora odia a todos los chicos —comenta Robert, que se ha acercado con Jenna a su lado—. Cuidádmela mientras ayudo a hacer la cena, que esta tontuela está muy sensible últimamente.

Y tras besar a Jenna, se va con Ángel, Adair y Liam, que ya han empezado a preparar la barbacoa. Al poco aparece Matt sin Mar y, cuando le preguntan por ella, contesta sonriente:

—Se ha ido.

—Mejor, a esa víbora no se le ha perdido nada aquí.

—Laia... —le recrimina Ángel.

—Es lo que pensamos todas.

Las demás asienten y observo a este curioso grupo. Me han acogido sin más, como si me conocieran de toda la vida. Es raro, pero conociendo a Elen y la forma en que me acogió, no me extraña que ahora ellos también sean amigos míos.

Al poco llegan Bianca y Albert. Me los presentan. Bianca me recuerda un poco a Elen: es también pelirroja y muy guapa. Lleva en los brazos a un pequeño que es idéntico a su padre, aunque en los ojos ha salido a su madre. Albert parece bastante serio, pero me da buenas vibraciones enseguida. Además, me recuerda a alguien. Salvo por los ojos, es idéntico a... Me quedo absorta mirándolo y, cuando Albert me pregunta que por qué, lo miro, me sonrojo y agacho la mirada.

—Es solo que me recuerdas a alguien, pero no sé a quién.

—A Jack, supongo.

Me sorprende que él haya dado con la respuesta y asiento.

—Kevin ya me habló de él. Al parecer, tanto Jack como su hermano Aiden son hermanos míos.

Lo dice como si fuera lo más normal del mundo y se va a ayudar con la cena. Bianca lo mira y bufa.

—No es tan insensible como parece —dice dejando en el suelo al pequeño, que no tarda en irse con Nora cogidos de la mano—. Es solo que, cuando descubrió que tenía dos hermanos, no supo qué debía hacer, si acercarse a ellos o dejarlo estar. Ellos han vivido hasta ahora sin saber de la existencia de Albert. Lo más probable es que desconozcan que no son hijos del marido de su madre. No viven en este pueblo, sino en la ciudad, pero Jack va a tu instituto porque es de los mejores. Es complicado.

Asiento.

—Espero que algún día se decida a dar el paso, pero es cosa suya —dice Laia.

—Si no lo ha hecho todavía... —comenta Dulce. Al parecer todos sabían ya del parecido entre Jack y Albert.

Me quedo pensativa y decido no comentar esto con Jack. Como bien han dicho, es cosa de Albert y es un tema complicado.

Un rato después las chicas empezamos a poner la mesa. No hablo mucho, pero no me siento fuera de lugar. Cuando nos sentamos a cenar, Matt se coloca a mi lado. Lo miro sonrojada, él me contempla serio.

Ha estado todo el rato riendo y bromeando con todos menos conmigo; supongo que aún está resentido por lo de esta mañana. Me mira los labios y me voy hacia atrás. No porque no desee sus besos, sino por todo lo contrario, pero no quiero hacerlo delante de Matthew.

—Tenemos que hablar.

Asiento y enseguida me centro en Matthew. Empezamos a cenar pero, como estoy pendiente de que Matthew coma, no me he echado nada al plato. Sin embargo, cuando lo miro, está lleno de cosas. Me giro hacia Matt seria.

—Tienes que comer algo.

—No soy yo la que se saltó la comida —mascullo entre dientes.

—Tenía cosas que hacer.

Decido cerrar la boca y empiezo a comer.

Al poco llega Kevin, que me saluda con una sonrisa, y yo le sonrío de la misma manera. Tengo que hablar con él, contarle cómo están las cosas con Matt; no quiero hacerle daño, pues es un buen amigo para mí. Cuando acabamos de cenar y recoger la masa, me acerco a Kevin, que está junto a Neill y Matthew.

—¿Tienes un momento? Me gustaría hablar contigo.

—Claro. —Se levanta y, cogiéndome de la mano, me lleva dentro de la casa. Antes de entrar, me cruzo con la mirada de Matt: nos observa muy serio y puedo notar como se le contrae el gesto. ¿De verdad siente celos? Bueno, y si los siente, ¿qué? ¿Eso cambia algo? La verdad, no lo sé.



CAPÍTULO 12

MATT

Durante el camino de vuelta, hemos ido todo el rato callados. Cuando llegamos a la casa, Becca va a acostar al pequeño y le digo antes de que lo haga que la espero en la biblioteca. Desde que volvió de la cocina con Kevin no me ha dirigido la palabra, casi ni me ha mirado, y eso me ha inquietado. Kevin estaba como siempre, sonriente, por lo que no he podido intuir de qué han estado hablando.

Me desespero cuando veo que los minutos pasan y ella no viene. Cansado de esperar, decido subir a buscarla pero, al abrir la puerta de la biblioteca, me encuentro cara a cara con Becca.

—¿Ibas a algún sitio?

—Tardabas mucho y...

—Matthew quería que le leyera un cuento. Estaba tan excitado por haber estado toda la tarde jugando, que le ha costado dormirse —comenta seria.

—Pasa. He pedido un poco de leche caliente con cacao y unas pastas.

—Bien.

Becca se sienta en el sofá que hay cerca de la chimenea y observa los dulces sin coger nada. Parece a la defensiva por lo que le pueda decir, y distante. No sé por dónde empezar. Al final, tras darle muchas vueltas, me siento a su lado, sobresaltándola.

—Becca...

—Antes que digas nada —su tono de voz me hace temer lo peor—, quiero decirte que no entiendo tu cambio repentino, y después de pensarlo mucho he llegado a una conclusión: no me quieres a mí, lo que deseas es no perder a Matthew. Si tú y yo estamos juntos, nunca tendríamos que tomar caminos distintos, y así podrías verlo siempre, no solo de vez en cuando. Y te comprendo...

—¿De verdad piensas que lo que te dije esta mañana era solo por eso?

Becca me mira y asiente.

—¿Por qué si no? Antes decías que me odiabas por mi traición, y ahora de repente quieres luchar por mí. ¡No tiene sentido!

—¿Y qué en la vida lo tiene? —le replico algo enfadado—. Hasta hace unas semanas ni siquiera sabía que tenía un hijo y ya lo quiero con locura. ¿Qué entiende el amor de tiempo o de esperar el momento adecuado? —Me levanto molesto porque ella haya sacado esa conclusión, sobre todo porque sus argumentos son razonables. Y un segundo después todo encaja en mi cabeza y digo en voz alta—: Por eso Kevin sonreía esta noche: no has cerrado su puerta...

—Eso no importa ahora...

—Sí importa. Me gustaría saber qué sientes por él... y por mí. —La miro serio y Becca me observa de la misma forma.

—Y tú, ¿qué sientes por mí? Matt, no nos hagas daño a Matthew y a mí. Si lo que temes es perderle, te prometo que buscaré una casa cerca de ti..., pero si él cree que esto es para siempre y luego te das cuenta de que no sientes nada por mí, sufrirá. —Por la forma que tiene de decirlo, siento que se le olvida añadir que ella también sufrirá.

—Lo último que quiero es hacer daño a Matthew. ¿Quieres saber la verdad?

—Sí.

—La verdad es que era más fácil enfadarme contigo que darme cuenta de que a la única persona a la que realmente yo quería ayudar y que necesitaba mi ayuda sufrió porque yo no supe verlo a tiempo. Que por mi culpa ha estado sola cinco años. Luego, al verte con Kevin, sentí celos, y esos celos no tenían nada que ver con mi enfado. Y tras besarte, no pude negarme la verdad.

—¿Y cuál es esa verdad? —pregunta Becca.

—Que nunca te he olvidado. Que aunque hemos estado separados, siempre te he seguido queriendo.

Becca agranda los ojos y luego los agacha.

—Ya no soy esa niña..., ya no creo en los finales felices. Cuando era pequeña siempre esperaba que el príncipe rescatara a la princesa... Luego descubrí en mis propias carnes que en la vida real no hay príncipes y que, si quieres seguir viviendo, debes luchar por ti misma... y sola.

—Yo fui quien te falló.

Becca asiente.

—Pese a eso, te mentiría si te dijera que no he deseado verte en todo este tiempo. Lo que sentía por ti desde niña sigue aferrado en mi corazón...

—Pero temes que pueda volver a fallarte cuando tú más lo necesites.

Becca asiente sin mirarme y me arrodillo a su lado para cogerle la cara entre mis manos.

—Becca, ya te dije esta mañana que no soy el mismo.

—No puedo confiar en ti —me dice con los ojos brillantes—. Una parte de mí quiere

hacerlo..., pero tus palabras caen en saco roto.

Me duele su afirmación.

—Entonces te lo demostraré.

—Tal vez yo no sea lo que tú esperas...

—O yo lo que esperas tú.

—¿Y qué pasa con Matthew si sale mal? No quiero que sufra.

—No se lo digamos hasta que haya conseguido remendar tu saco, ¿te parece? —Becca sonríe—.

Confía un poquito en mí. Te demostraré que no soy ese joven que te falló cuando tú más me necesitabas, cegado por la rabia de perderte.

Acaricio su mejilla y Becca se estremece.

—Quiero decirte que sí..., pero tengo miedo de que esta sea la peor decisión que pueda tomar.

—No puedo prometerte que tu miedo vaya a desaparecer algún día, pero sí que haré lo posible por mitigarlo.

Nos quedamos mirándonos en silencio y el tiempo parece detenerse. Sus ojos marrones se han fundido con los míos azules y tratan de ver en ellos mi alma y descubrir que no le miento. No sé qué más hacer para que me crea, pero ahora que he aceptado la verdad, no pienso darme por vencido.

—¿Puedo... abrazarte? —Su pregunta me pilla totalmente desprevenido. No entiendo muy bien por qué necesita un abrazo, justo ahora.

Baja las manos y las acerca a mi pecho. Entonces Becca se deja caer al suelo y me abraza, me abraza con fuerza, casi como si quisiera meterse dentro de mí. No hay ternura en su abrazo, sino desesperación, y miedo, miedo de que me vaya..., miedo de que le falle de nuevo.

Becca hunde su cabeza en mi cuello y yo la abrazo más fuerte, deseando trasmitirle la protección y la fuerza que ella necesita. Por un segundo temo no poder dársela. ¡Dichoso miedo!

Becca alza la cabeza y me mira con los ojos sonrientes.

—Sigo sintiéndome segura en tus brazos.

Mi mente evoca los momentos de cuando éramos niños y jugábamos a príncipes y princesas, cuando la rescataba y ella se echaba a mis brazos.

—¿Me dejarás luchar por ti?

—No me falles esta vez, por favor... O, mejor dicho, no nos falles. —Su forma de decirlo hace que me sienta un miserable por la primera vez que le fallé. No porque ella me lo recrimine, sino porque en su voz he sentido el dolor que le supuso aquello y lo mucho que le está costando confiar de nuevo en mí.

—No lo haré, no os fallaré a ninguno de los dos —le digo con firmeza, aunque siento miedo de hacerlo sin querer—. Ante todo confía en mí. No me volveré a ir sin luchar por ti.

Becca asiente dudosa y, sin poder aguantar más, me inclino hacia ella y la beso con ternura. Aunque la pasión me invade nada más sentir el contacto de sus labios, esta vez la beso sin prisas. Esta vez quiero decirle con mis besos lo que tal vez nunca consiga expresar con palabras: que la quiero.

BECCA

Siento los cálidos labios de Matt besar los míos con infinita ternura y noto que se me humedecen los ojos. Lo beso desando que no termine nunca y, cuando salgo del estupor inicial, alzo mis manos a su cuello para acariciar sus mechones dorados. Me encanta sentir su suave pelo entre mis dedos. El beso se intensifica cuando su lengua busca la mía. Salgo a su encuentro. Ya no existen razones para detener esto.

Volvemos a ser esos críos que se escondían del mundo para perderse en este dulce placer. Me deleito en su sabor. En cómo su cuerpo se amolda al mío, y cómo su mano sube y baja por mi espalda. Deslizo las mías por su firme pecho. Me encanta notar cómo sube y baja a causa de su agitada respiración. Me acerco más a él. No tengo suficiente. Matt mete su mano bajo mi ropa y me acaricia la piel desnuda. El calor aumenta. Necesito más. Bajo mis manos a su camiseta y suelo una tímida mano bajo ella para acariciar su piel caliente. Matt sube su mano por mi costado hasta la parte inferior de mis pechos. Doy un pequeño respingo al sentirlo en esa zona tan sensible, pero no me aparto. Matt acaricia con levedad uno de mis senos produciéndome un millar de escalofríos que van a parar a mi sexo. Demasiadas emociones juntas y, aun así, me vuelve a asaltar el miedo a que me haga daño.

Me separo y apoyo mi cabeza en su barbilla. Necesito unos momentos para asimilar todo esto. Matt se acerca y me da un tierno beso en los labios para después tumbarse boca arriba en la alfombra y tirar de mí para arrastrarme a sus brazos. Me dejo abrazar.

—No hay prisa —digo. Me odio por sentir dudas y miedo, pero no puedo evitarlo.

—No, no la hay.

Me acomodo en su pecho y entrelazo mi mano con la de Matt. Este se incorpora un poco para coger una manta que hay en el sofá y la echa por encima de los dos sin soltar mi mano.

—Me parece increíble estar así contigo después de tanto tiempo —me dice haciéndome sonreír.

—A mí también... Hace años me juré no volver a caer tontamente en los brazos de un hombre y ahora, mírame, cometo el mismo error y además con el mismo...

—Lo capto. Pero a Kevin no le veías tantas pegas.

—Celoso —le digo con una sonrisa—. Kevin y yo hemos sido siempre muy buenos amigos.

Además, la vida nos ha hecho vivir algo parecido y eso ha hecho que al reencontrarnos nos entendamos aún más. Él tuvo que cuidar de Neill y dejar de lado muchas cosas siendo

muy joven.

—Comprendo. ¿Le has llegado a querer alguna vez?

—Es muy guapo... y te mentiría si te dijera que no me gustaron sus besos —lo pico.

—¿Besos? Yo solo vi uno.

—Fue el último de esa noche.

—Vale, no quiero saber más.

—Supongo, pero al contrario que yo, tú seguro que has estado en este tiempo con muchas mujeres...

como, por ejemplo, Marie. —Me incorporo y lo miro a los ojos—. ¿Qué pasa con ella?

—No puedo cambiar el pasado.

—Y no te pido que lo hagas, pero no me cambies de tema.

Matt sonrío.

—Marie y yo estábamos saliendo. Me sentía atraído por ella... pero cuando supo lo de Matthew, me dijo que no podía seguir conmigo porque no le gustaban los niños...

—¿Soy el segundo plato?

—Déjame acabar. —Asiento y Matt sonrío—. Cuando me dijo aquello, me dio igual, me era indiferente seguir con ella o no. Supe entonces que lo nuestro estaba destinado al fracaso, incluso aunque no hubiera aparecido Matthew.

—Entiendo. Supongo que Kevin y yo solo somos amigos: ya en el pasado nunca consiguió hacerme olvidarte, y ahora pasa lo mismo. Nunca he sentido por él esta poderosa e inexplicable atracción.

—¿Inexplicable?

—Ajá. Debería seguir odiándote...

—... Pero sigues teniendo miedo de que te defraude —termina la frase por mí, pero le corrijo.

—Iba a decir que no te odio.

Matt me besa y, cuando se separa, me acomodo una vez más en sus brazos. Tras unos momentos de silencio, Matt me pregunta algo que prefería olvidar.

—Siento que tu padre no te apoyara cuando se enteró de lo que mi padre te hacía.

—Él pensaba, y piensa, que un esposo puede hacer lo que quiera con su mujer. Y eso es mentira. La mujer no debe perder sus derechos cuando se casa, y un no sigue siendo un no.

—Tienes toda la razón.

Seguimos hablando de lo que hemos hecho estos años. Matt me cuenta lo mucho que le ha costado sacar las empresas de la familia adelante y que la gente confiara en él, pues creían que podía ser como su padre. Siempre he sabido que Matt no es como él, pero

desgraciadamente mucha gente tiene el prejuicio de pensar que de tal palo tal astilla, y se equivocan. Yo, por mi parte, le cuento algunas de las cosas que Matthew y yo hemos hecho, sobre todo las más divertidas. Él acaba riéndose a carcajadas, me pregunta si tengo vídeos de Matty, de sus cumpleaños y demás, le respondo que sí, y acordamos que un día quiere que los veamos juntos.

Nos tiramos hablando hasta la madrugada, hasta que nos quedamos dormidos sobre la alfombra. No sé a quién se le cierran antes los ojos, solo sé que el sueño se apodera de mí irremediablemente.

En sueños, me siento flotar y, tras un corto camino, caigo sobre una nube de algodón para sentir un cálido y dulce beso en mis labios.

* * *

Me despierto desconcertada. Al principio no sé bien dónde estoy, pero poco a poco me doy cuenta de que se trata de mi cama. ¿Cómo he llegado hasta aquí? No lo recuerdo, pero a mi mente no tardan en acudir los momentos vividos anoche en la biblioteca, con Matt. ¿Me habré dejado llevar otra vez por lo que siento, en vez de por la razón? Quiero pensar que no, pero tengo miedo y eso hace que mi sonrisa no aflore en mi cara al pensar en él. Una parte de mí está ilusionada..., pero otra intenta matar esa ilusión instándola a que sea prudente.

Al salir de la ducha me pongo un vaquero con una camiseta y una chaqueta de entretiempo y voy al cuarto de Matthew pero, como esperaba, no hay nadie. Su niñera ha debido de levantarle hace rato.

Mientras bajo las escaleras me cruzo con el mayordomo, que me indica que Matt y el niño están en el jardín trasero, aprendiendo a montar en bici.

Conforme me acerco, noto mil mariposas en mi estómago por la idea de ver a Matt, las mismas que he conseguido acallar durante todo este tiempo, pero que ahora no encuentran motivo para no revolotear a su libre albedrío.

No tardo mucho en verlos. El pequeño está subido en una bicicleta con ruedines y trata de seguir las indicaciones de su padre, mientras que Matt le sujeta por detrás y sonrío mientras le explica cosas.

Cuando me acerco a ellos, Matt se percata de mi presencia y me sonrío. Su sonrisa hace que recuerde lo sucedido anoche, sus besos..., y me sonrojo.

—Buenos días —les saludo mirando a Matthew, que, tras verme, me señala su bici nueva.

—¡Mamá! Papá me está enseñando a montar en bici.

—Espero que sepas montar mejor que yo. —Me río y miro a Matt, pues fue él quien me enseñó a montar un verano y le costó sangre, sudor y lágrimas. Siempre tenía miedo de caerme.

—Tranquila, en eso ha salido a mí. —Me acaricia disimuladamente la mejilla y, tras sonreírle, me aparto.

—Me voy a sentar en el banco para ver qué tal lo haces.

Los observo a ambos, sintiendo como la felicidad prohibida se apodera de mí, la prudencia

va desapareciendo y me quedo, simplemente, admirando a las dos personas que más quiero..., hasta que me percató de ello y me excusó diciendo que debo ir a estudiar, cosa que es verdad.

Cuando llega la hora de comer tocan a mi puerta y, esperando que sea Matthew, le digo que pase, pero quien entra es Matt.

—¿Qué haces aquí? —pregunto. Él se acerca a mí sonriente y me besa.

—Necesitaba besarte —comenta sin más. Su espontaneidad me hace sonreír un segundo y Matt acaricia mi boca—. No dejes nunca de sonreír.

—Poco a poco.

Me vuelve a besar y me pierdo en sus labios. Pero entonces oigo a Matthew llamarme desde el pasillo e instintivamente empujo a Matt y me separo de él como si quemara.

—¿Y así esperas que confíe en ti? —Lo miro con reproche por la poca prudencia que ha tenido, pero nada más decirlo me arrepiento, y más al ver como los preciosos ojos azules de Matt se tiñen de dolor.

—Nos vemos luego. —Se va al tiempo que entra el pequeño en el cuarto para contarme sus avances con la bici.

Observo con disimulo como Matt se aleja. Me he pasado con él y sé que le debo una disculpa.



CAPÍTULO 13

BECCA

Después de acostar al niño para que duerma su siesta voy a buscar a Matt. Estuvo muy callado durante la comida, solo sonreía a Matthew cuando le hacía algún comentario. A mí no me miró ninguna vez... o más bien yo no quise mirarlo, por si veía reproche en su mirada. Me he comportado como una estúpida.

Me comentan que está en la biblioteca estudiando y me dirijo hacia allí.

—Pasa —contesta Matt desde el interior cuando toco a la puerta.

Entro y cierro la puerta tras de mí. Él alza la vista de sus papeles y, por la cara que pone, intuyo que no esperaba que fuera yo.

—Yo... quería hablar contigo.

Matt asiente. Me acerco al escritorio y me quedo a pocos pasos. Matt se ha separado un poco de la mesa sin levantarse de la silla y me mira con las manos juntas.

—Tú dirás.

—Quería pedirte disculpas por lo que te dije esta mañana... pero tengo miedo. Siento no poder confiar en ti como hace años.

Matt asiente y me observa serio.

—¿No vas a decir nada? —le pregunto entre dientes. Matt me responde tendiéndome una mano para que se la coja y yo no dudo en hacerlo, pues, pese a mis miedos, deseo profundamente que todos sean irracionales y consiga acallarlos.

Matt tira suavemente de mí y acabo sentada sobre sus rodillas. Me besa y me dejo hacer. Decido olvidarme de todo y centrarme únicamente en el placer de sus besos. Cuando el beso termina, Matt está sonriente y no puedo evitar darle un beso en la comisura de la boca.

—No me tientes.

Sonríó feliz y le robo un beso más antes de apartarme un poco.

—¿Qué hacías?

Matt me acerca a la mesa y, rodeándome con sus brazos, coge unos papeles.

—Rompiéndome la cabeza para sacar una de las empresas de mi padre a flote..., aunque me parece que no me va a quedar más remedio que cerrarla.

Echo un vistazo a los papeles que me tiende sin entender mucho y, acto seguido, me doy cuenta del caos que reina en su mesa. Lo tiene todo mezclado: cartas, facturas, informes, apuntes...

—¿Te gustaría que te ayudara a ordenar todo esto? Cuando era la secretaria de Elen, no se me daba nada mal...

—Me vendría bien. —Me da un beso en el cuello antes de echarse para atrás para que me pueda levantar.

Me pongo a clasificar los papeles que hay desparramados por encima de la mesa. De vez en cuando lo miro y veo que está muy serio, revisando el informe de antes. A un lado voy poniendo sus apuntes y los libros de la universidad. ¿Cómo puede llevarlo todo? Cuando era más joven no le gustaba mucho estudiar; parece que hay algo más en lo que ha cambiado.

* * *

Me despierto temprano al escuchar que llaman a mi puerta. Es lunes y, aunque tengo que ir a clase, aún es pronto para levantarme, pienso al mirar la hora que es, pero salgo de la cama y voy a abrir la puerta. Tras ella está Matt, que no duda en entrar y robarme un beso rápido; solo cuando se separa y va hacia la mesita del centro me percató de que lleva una bandeja con el desayuno.

—Buenos días. ¿Estabas dormida? —dice de forma pícaro.

—Sabes que sí. —Me mira de arriba abajo y me sonrojo ante su escrutinio.

Sonríe, pero no añade más y me siento a su lado, sobre la alfombra, para desayunar juntos.

—Esto lo hacíamos cuando éramos pequeños, ¿te acuerdas? —le digo tras dar el primer bocado a la tostada—. Venías a mi cuarto muy temprano con una bandeja de dulces que habías cogido de la cocina y luego me metías prisa para que me vistiera rápido y nos fuéramos a la playa.

Matt sonríe al recordarlo mientras toma su café.

—Eras lo mejor que había en esa casa. Cuando me despertaba, quería huir de ella y te necesitaba.

Me lo quedo mirando y Matt me besa. Al poco me levanto y le doy los vídeos de Matthew.

—En cierta forma, te ayudarán a recuperar parte de ese tiempo robado.

Matt los coge y me da las gracias.

—¿Va a venir Kevin a buscarte?

—Sí, pero Kevin ya sabe que...

—Lo digo porque puedo llevarte yo si quieres. Me pilla de camino, no entro a la universidad hasta dentro de dos horas.

—Celoso.

—No son celos —murmura, pero aun así, sé que no le hace mucha gracia que vaya con Kevin. Así que cojo mi móvil y, tras mandarle un mensaje a Kevin diciéndole que nos vemos en clase, me siento de nuevo.

—Me parece bien.

Matt tira de mí hacia sus brazos y me besa deleitándose con mis labios. Pero entonces suena su móvil. Apoya su frente en la mía y se separa lo justo para responder, pero sin dejar de abrazarme. Yo acomodo la cabeza en el hueco de su cuello, aspirando su aroma. Cuando cuelga, nos quedamos un instante disfrutando el uno del otro, hasta que nos ponemos en marcha para empezar este nuevo día.

—Nos vemos en el garaje. No tardes —me dice cogiendo la bandeja y saliendo de mi cuarto para que me arregle.

Me cambio de ropa y bajo las escaleras intentando hacer el menor ruido posible. Es muy temprano, casi no hay trabajadores despiertos en la casa y Matthew aún tiene un ratito más de sueño. Es un alivio poder dejarlo con la niñera y que se encargue ella de prepararle y llevarle al colegio —esta ya le va pillando el punto y Matthew le está cogiendo cariño.

Cuando llego al garaje, Matt ya me está esperando. Me monto en el coche en el asiento del copiloto y acomodo mi mochila entre mis pies.

Cuando se detiene frente a la puerta del instituto me despido de él, pero resisto la tentación de darle un beso.

—No quiero correr el riesgo de que alguien te reconozca y te fotografíe —me justifico. Matt solo me sonrío.

—Ya lo había supuesto. —Matt toma mi mano y me dedica una cálida caricia que activa todos mis sentidos—. Te veo luego. No sé si podré llegar pronto a casa, tengo muchas cosas que hacer en mi empresa.

—De acuerdo. No trabajes mucho.

Nos decimos adiós por última vez y voy hacia mi clase. Mientras avanzo por el pasillo, escucho que de una de las aulas salen unas voces que me son familiares.

—Jack, ella te engaña, debes creerme. La he visto con Carlos...

—No lo hace. ¿Por qué, Eimy? No me esperaba esto de ti. ¿Por qué quieres separarme de ella?

—Porque no quiero que sufras...

—Pues entonces no me mientas. Solo me dices eso porque ya no paso tanto tiempo contigo.

Seguimos siendo amigos, pero debes entender que esta es ahora mi vida... No nos hace a ninguno de los dos bien que te inventes esas cosas.

—Pero yo no me invento nada...

—Natalia cree que estás celosa y por eso tratas de separarnos...

—¿Y tú te crees eso? Eres más tonto de lo que pensaba. Yo nunca te haría daño, por mucho que te eche de menos. ¿Acaso te he mentido yo alguna vez? No sé cómo puedes dudar de mí, Jack. Es hora de que me dé cuenta de que ya no somos los mismos. ¡Tú has cambiado! —Se hace el silencio entre los dos—. Márchate, no quiero estar contigo ahora.

—Eimy... Ella no me haría eso...

—¡He dicho que te vayas! El Jack que eras antes me hubiera creído con los ojos cerrados.

—¡Maldita sea!

Me aparto de la puerta cuando oigo pasos que se acercan a ella. Al poco sale Jack, que se aleja por el pasillo sin percatarse de mi presencia.

Me asomo dentro de la clase y veo a una Eimy decaída. Sin pensarlo mucho entro. Cuando me ve se apresura a limpiarse las lágrimas que corren por su cara.

—Pasaba junto a la puerta y... lo he escuchado todo sin querer.

—No le he mentado. Natalia solo lo quiere porque sabe que su abuelo los va a presentar en sociedad dentro de poco y tendrán un buen respaldo económico. Es muy deseado entre las jóvenes como ella que solo buscan su dinero.

—A mí tampoco me cae bien Natalia.

—Sé lo que va diciendo de ti y de tu hijo. No la soporto.

Le tiendo un pañuelo porque, aunque trata de dejar de llorar, no lo consigue.

—Lo quieres.

Eimy me mira sorprendida. Sus ojos parecen más verdes por las lágrimas.

—Somos amigos... o al menos hasta hace unos años éramos inseparables. No te voy a negar que lo echo de menos y que creo que Natalia no le conviene, pero por mucho que odie verlo con ella, yo nunca haría nada que le hiciera daño. Que Jack dude de mí me deja claro que ya nada es lo mismo...

—¿Cuántos años tienes?

—Quince. Lo conozco desde que nací. Hemos crecido juntos en la casa de los padres de Jack.

—Eso me recuerda mucho a mi historia. Yo también de niña me enamoré del hijo del hombre para el que trabajaba mi padre.

Eimy me mira comprensiva y no niega que esté enamorada de Jack.

—Ayer vi a Natalia y a Carlos besándose. No sabía cómo decírselo y hoy al verlo no he podido aguantarme más.

—¿Qué vas a hacer?

—De momento irme a casa. —Asiento, pues está destrozada, no ha podido dejar de llorar en todo este rato.

—Te acompaño. Vamos, antes de que venga más gente.

Dejo mi mochila en la taquilla y salimos del instituto sin que nadie nos vea. Cuando llegamos a la parada del autobús, me fijo en que es el que va en dirección contraria al pueblo.

—¿Queda muy lejos tu casa?

—Vivimos en la ciudad. —Supongo que se refiere a ella y a Jack—. Están arreglando una de las mansiones del pueblo para venirse a vivir aquí. Su padre no quería que Jack y Aiden fueran presentados en sociedad hasta que fueran adultos, para que pudieran encajar lo que vendría.

—¿El qué?

Eimy mira hacia el final de la calle por donde debe venir el autobús.

—Da igual que te lo diga, este viernes lo sabrá todo el mundo. —Asiento intrigada—. Jack y Aiden no son hijos del marido de su madre. Se casó con ella solo para dar un techo a los pequeños y que no les faltara de nada, ya que el padre legítimo no quería saber nada de ellos. Jack solo tenía unos meses cuando los acogió en su casa y Aiden, poco más de un año. Los ha criado desde pequeños, pero él siempre quiso que le dijeran abuelo en vez de papá, por la diferencia de edad. El hombre ya está muy mayor y ha pasado gran parte de la responsabilidad de sus negocios a Aiden. La gente sabe de ellos, pero no sabrá quiénes son en realidad hasta que este viernes se presenten en sociedad y se vean cara a cara con su verdadero padre... y, por lo que tengo entendido, su hermanastro también estará allí. Aunque este último ha roto los lazos con el desgraciado de su padre.

Pienso enseguida en Albert. Debo avisarle de lo que va a pasar para que esté preparado; sería un buen momento para ponerse del lado de sus hermanos.

—El padrastro ha estado investigando y, por lo que ha podido averiguar, Jack es idéntico a su hermanastro, excepto por los ojos. Aiden también se parece mucho, pero él ha sacado el pelo rubio de su madre y los ojos castaños de su padre.

«Igual que Albert», pienso. Sé que es muy tímida; por eso me sorprende y me agrada que haya confiado en mí. Se la ve muy buena chica.

Llega el autobús y Eimy me mira. Sus lágrimas han cesado, pero tiene ojos de haber llorado.

—Gracias. Hablar contigo me ha hecho sentirme mejor —me dice sonrojada antes de subir al autobús, aunque su tono de voz me deja inquieta. Regreso al instituto pensando en todo lo que he descubierto.

A la hora del recreo recojo mis cosas. De camino a la cafetería me encuentro a Kevin, que viene a buscarme. Tras saludarme, me toma de la mano y me lleva a una de las clases vacías.

—¿Qué tal estás? —Anoche lo llamé para contarle todo y, como ya suponía, me dio todo su apoyo.

—Bien. No sé..., tengo miedo.

—No estás sola. Si esta vez sale mal, no te dejaré sola. Lo sabes, ¿no?

Asiento. Y sé que Elen también me apoyaría.

—Me he enterado de algo cuando llegué al instituto —le digo.

Cierro la puerta tras asomarme al pasillo para asegurarme de que no hay nadie y, aun así, se lo cuento todo entre susurros, tanto la discusión de Eimy con Jack como lo de que van a ir a la fiesta del viernes para presentarse en sociedad y allí van a conocer a su padre.

—Es mejor que se lo digamos a Albert. Luego te acompaño a su casa.

Asiento y salimos hacia la cafetería. Al llegar no puedo evitar fijarme en Jack: está serio y Natalia parece no parece haberse dado ni cuenta. Me siento al lado de Kevin y saco mi almuerzo.

—Entonces, una cosa con la que yo siempre he tenido dudas —me dice Carlos. Yo suspiro esperando que suelte alguna burrada de las suyas, y así es—. Después del embarazo, ¿sigues sintiendo placer cuando mantienes relaciones sexuales?

Agrando los ojos, y más cuando Jack se levanta y le da un puñetazo tirándolo al suelo.

—Eres un cerdo. Déjala en paz.

Carlos se toca el labio y los encargados del comedor no tardan en llevarse a Jack afuera. Aunque sé que en parte ha reaccionado así para defenderme, ha sido para desahogarse, porque Eimy ha sembrado la duda en él y en el fondo la ha creído, aunque no quiera reconocerlo.

—Jack está hoy muy raro —comenta Natalia como quien habla del tiempo, y sigue comiendo como si nada.

La miro. ¿Cómo puede ser tan insensible? ¿Tanto cambia cuando están ella y Jack a solas? Por lo que me contó Kevin, Jack le dijo que en la intimidad era una chica amable y muy cariñosa, que en el instituto solo representaba un papel. Yo creo que es más bien al revés, que el papel lo representa cuando está con él.

* * *

Kevin aparca su coche frente a la empresa de Albert. Le ha llamado antes de venir y han quedado en verse en su despacho.

Efectivamente, cuando subimos, Albert ya nos está esperando. Nada más entrar nos tiende una carta y nos pregunta qué queremos para comer, y luego hace venir a su secretaria para que anote nuestro pedido.

—¿Qué es eso tan importante que tenéis que decirme? —nos pregunta cuando esta nos deja solos.

Kevin y yo nos miramos y yo le cuento todo lo que sé. Albert me escucha con el gesto muy serio sin quitarme los ojos de encima. Aunque es bastante intimidante, su forma de mirarme no me inquieta.

—¿Estás segura de eso?

—Sí. La chica que me lo contó lo hizo porque, a fin de cuentas, este viernes todo el

mundo va a enterarse.

Albert asiente y se queda pensativo. Al poco tocan a la puerta y entra el repartidor del restaurante, que deja las bolsas de nuestro pedido en la mesa y se va.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunta Kevin.

—No lo sé, aún tengo unos días para pensarlo.

Asentimos y nos ponemos a comer. Mientras Kevin y Albert comentan algunos temas, yo sigo dándoles vueltas a los míos.

* * *

Son casi las once y todavía no he conseguido que Matthew se duerma... y mucho menos me deja quitarle la pegatina que lleva en la frente y que le han puesto por haberse portado bien en clase. Está aguantando despierto para enseñársela a su padre. Matt aún no ha llegado. Sé que está muy ocupado con su trabajo, pero eso no hace que me inquiete menos.

—Vamos, Matty, duérmete.

—No quiero. No hasta que mi papá me vea la pegatina, que si no, durmiendo se me quita.

—¿Y si te hago una foto y se la mando al móvil? ¿Te vale con eso?

Matty pone cara de pensar mucho y al final asiente. Voy a por el móvil que me dio Matt — al final, he decidido seguir usándolo— y, tras hacerle una foto a Matty, se la mando a Matt.

—Y ahora, a dormir —le digo quitándole la pegatina y arrojándolo.

El pequeño debía de estar muy cansado, porque se queda frito casi al instante. Salgo del cuarto y miro el móvil. Había esperado que Matt me respondiera, pero es evidente que está mucho más ocupado de lo que yo imaginaba.

No sé qué hora es cuando siento que alguien me acaricia la mejilla. Tardo un poco en salir del sopor y, cuando lo hago, me encuentro con los ojos azules de Matt. Está sentado en mi cama y, por su ropa, veo que aún no se ha acostado, y eso que casi está amaneciendo.

Tiro de él y se inclina para besar mis labios. Me acaricia la mejilla antes de profundizar el beso y se recuesta un poco en la cama, pegándose a mi cuerpo. Nos devoramos, intentando saciar esta hambre de besos. Mis manos vagan por su pecho y lo acaricio. Me deleito con su cuerpo, con el calor que trasmite y que me traspasa, recordándome que está a mi lado. Que no es un sueño.

La colcha se cae y Matt se mete bajo las sábanas. Sus manos suben por mi costado y arrastran el pijama dejando expuesta mi piel. Yo hago lo mismo, ansiosa por tocar su cincelado cuerpo, y tiro de su camisa ya arrugada tras un largo día de trabajo. Desabrocho sus botones y, entre besos y risitas, consigo abrir la camisa y colar mis manos dentro.

Matt se aparta para que lo explore como quiera. Sus ojos azules no pierden detalle de lo que hago.

Subo mis manos por su pecho, tan diferente a aquel más delgado de un joven Matt, pero igual de bello.

Me levanto y dejo un beso en su cuello. Noto que la piel de Matt se eriza y le doy otro. Bajo un reguero de besos por su pecho al tiempo que acaricio su plano estómago. Su respiración se agita cuando llego a su cinturón. Me aparto y busco su mirada. Sus ojos están cargados de pasión y de lo que creo que es amor. No soportaría perderle de nuevo. No sé cómo podría vivir sin tenerlo a mi lado.

Matt parece entender mis miedos, pues se acerca y me besa con infinita ternura antes de abrazarme con fuerza contra su pecho. Estamos de rodillas en la cama, pero a ninguno parece importarnos esta extraña e incómoda postura; solo pensamos en sentirnos el uno al otro.

—No me voy a ir a ningún sitio —me susurra con cariño.

—El tiempo me hará creerte —le digo saliendo del cobijo de su pecho.

Se separa y por un instante veo pasar tristeza en su mirada, pero luego sale de la cama tendiéndome una mano y dice alegre:

—He traído churros para desayunar contigo.

Lo sigo al piso de abajo para desayunar juntos y le cuento lo vivido en el instituto. Matt me escucha con atención.

—¿Qué piensas que va a hacer Albert?

—El viernes lo descubriré —comenta ausente.

—De niño odiabas las fiestas que daba tu padre y a las que te obligaba a asistir. ¿Eso ha cambiado?

—Mojo un churro en chocolate y me deleito con su sabor mientras me responde:

—No, eso no ha cambiado. Las fiestas siguen sin ser mi fuerte. Un día deberías venir conmigo. —

Me tenso, Matt lo nota y me da un beso—. Vale, olvídalo. No he dicho ya. Ya habrá tiempo de pensar en eso.

Asiento con el ceño fruncido. En el fondo sé que, si nuestra relación sigue adelante, un día tendré que aceptar esa parte de su mundo, pero hoy no. Hoy solo quiero creer que Matt no tiene sangre real, ni responsabilidades derivadas de su título. Hoy solo somos Matt y Becca. Y cuando sus labios atrapan los restos del chocolate de los míos, olvidarme de todo resulta mucho más fácil.

* * *

Entro en el comedor durante el recreo tras una dura mañana de instituto. Si Matt esta tarde no me puede explicar nada de los ejercicios que tengo pendientes, estoy perdida. Localizo a Kevin y a Jack en una mesa y me acerco a ellos. Jack tiene un aire ausente, pero sale de su ensimismamiento cuando llega su novia y lo besa.

—¿No ha venido a clase el mini *monster*?

—Déjala en paz.

—Vale, era broma —le dice dándole otro beso—. Ya tengo listo el vestido que me pondré

este viernes. Estoy tan feliz de ir a la fiesta siendo tu acompañante...

Jack la mira pero no dice nada, y luego mira hacia donde suele sentarse Eimy.

—¿Dónde está? —le pregunto preocupada.

—Se ha ido. Ya no vendrá a clase. Se ha cambiado de instituto.

Me sorprende, y más porque Jack parece visiblemente afectado. Es posible que esté arrepentido de cómo la trató ayer, aunque no sienta nada por ella. La conoce de toda la vida, debe de tenerle afecto, y ayer no la creyó.

—Vaya, lo siento. Me caía muy bien.

Jack solo asiente y se toma su café.

—Bueno, hacedme caso a mí, que esa no nos importa. ¿Se ha ido? Pues mejor para to...

—Natalia se interrumpe cuando Jack se levanta, ignorándola, y se aleja de la cafetería—.
¿Y a este qué le pasa?

Ni Kevin ni yo le contestamos, así que Natalia se apresura a ir detrás de Jack.

—Jack está muy raro —le digo a Kevin.

—Sí, algo le inquieta —me contesta Kevin.

Al poco aparece Carlos, que nos saluda y se sienta con nosotros, ignorando la incomodidad que nos produce tanto a Kevin como a mí, y se pone a contarnos lo que estuvo haciendo ayer, como si nos importara.



CAPÍTULO 14

BECCA

Salgo del instituto una hora antes de lo previsto. De camino a casa, se me cruza una idea por la cabeza y me dirijo hacia otro lugar, guiada por mi curiosidad y mi deseo de saberlo todo de él y, cómo no, por mis ganas de verlo sin tener que esperar hasta esta noche para hacerlo.

Un cuarto de hora después me planto en la universidad del pueblo. Ya he visto a Matt con su uniforme —o al menos con parte de él, ya que suele salir de casa con el pantalón oscuro y la camisa blanca, supongo que el resto se lo pondrá en el coche cuando llega aquí—, y sonrío ante la perspectiva de verlo así vestido.

El edificio es bonito y muy antiguo; parece la casa de un noble de la zona que reformaron para adaptarla a su nueva función, pero que no ha perdido su majestuosidad. Doy un rodeo hacia los jardines para ver si está en ellos, y luego busco la cafetería. Al no verlo, pienso en que tal vez esté en clase o trabajando, y de pronto me siento algo tonta por haber venido sin avisar. Después de un rato dando vueltas sin verlo, pienso que debe de estar en clase y, desanimada, empiezo a irme.

—¿Becca? —Me vuelvo y me encuentro cara a cara con Marie, la ex de Matt. Justo a quien menos me apetecía ver—. ¿Has venido a ver a Matt?

—Sí, para comentarle una cosa de Matty...

—Lo acabo de ver en la cafetería. Sígueme.

—Tal vez esté ocupado —le digo un poco incómoda.

—No, qué va, vamos.

La sigo dudosa. Siento algunas miradas curiosas cuando nos adentramos en la cafetería, pero las ignoro.

—Allí está. —Marie me señala hacia una mesa, en la que está Matt hablando con unos compañeros

—. Bueno, tengo que irme, nos vemos.

Y Marie se va. No parece mala muchacha, pero la sola idea de tenerla cerca e imaginármela íntimamente con Matt me hace tener prejuicios contra ella.

Empiezo a acercarme hacia donde está Matt, que no me ha visto. Me siento fuera de lugar en este ambiente pero, si he llegado hasta aquí, no voy a darme la vuelta ahora.

Matt responde a uno de sus amigos y se gira para mirar hacia la cafetería. Sus ojos se posan entonces en los míos, se pone serio de repente y enseguida sé que lo primero que ha pensado al verme allí es que le ha pasado algo a Matthew. Así que le sonrío para decirle que todo va bien y acto seguido noto como se relaja y me mira con ternura.

Se disculpa con sus amigos y, tras coger sus cosas, viene hacia mí. Viéndolo así parece un joven más; nadie creería que lleva sobre sus hombros tantas responsabilidades.

—¿Qué haces aquí? —pregunta cuando llega a mi lado. Me mira los labios con deseo y siento su beso como si me lo hubiera dado, pero se contiene para no delatar nuestra relación y eso hace que se intensifiquen aún más estas imperiosas ganas de que acorte la distancia que nos separa.

—Salí pronto del instituto... y me apetecía verte.

—No sabes cómo me gusta este detalle.

Le sonrío porque puedo leer en sus ojos que es verdad; no hacía falta que lo dijera.

—¿Nos vamos? No tengo más clases, te invito a comer.

—¿No tienes que ir a trabajar?

—Sí, pero ya que has querido verme en mi entorno de estudios, me gustaría enseñarte mi trabajo.

Asiento feliz. Me hace mucha ilusión ver otra nueva faceta de él.

Salimos de la cafetería y caminamos hacia el aparcamiento. Me monto en el coche de Matt y, cuando él lo hace y cierra la puerta, me mira los labios y me los muerdo para evitar la tentación de rogarle un beso.

—No hagas eso... —me dice entre dientes, y me echo a reír.

Matt arranca y tomamos la carretera que sale del pueblo, pues su empresa está en una ciudad colindante. Mientras conduce, me acaricia siempre que puede. Yo tengo que refrenar mis ganas para no distraerlo al volante.

—¿Qué tal el día?

—Bien, normal. Agobiada, la verdad. Cada vez nos mandan más temario.

—Te ayudaré en lo que pueda.

—Gracias.

—No me las des por algo así.

Nos quedamos en silencio. Al parar en un semáforo, Matt se gira y me mira con deseo.

—Me muero por besarte... —Me recorre un escalofrío por su forma de decírmelo, con voz suave y aterciopelada—, pero no voy a hacer nada que ponga en peligro lo nuestro antes

de que estés segura de que no te voy a fallar.

—Gracias. Y yo también...

—Sí, lo sé. Se te nota que te mueres por besarme.

Pongo mala cara, Matt se ríe y su risa relaja un poco este deseo que siento.

Por fin llegamos al edificio de oficinas donde trabaja Matt y me quedo boquiabierta al verlo, pues es muy grande y con un diseño muy moderno. Matt se adentra en el garaje y aparca en una plaza reservada. Salgo del coche y lo sigo hacia el ascensor.

—Este ascensor da directamente a mi despacho —dice dándole al botón—. Nadie nos verá entrar.

Asiento y esperamos a que llegue. Entramos en él cuando se abren las puertas y Matt mete la llave en la cerradura que corresponde al último piso. Una vez que se cierran las puertas, se acerca a mí y me besa como ambos estábamos deseando desde que nos hemos visto.

Su boca me devora con ternura y pasión. Suspiro entre sus labios y lo cojo de la chaqueta para atraerlo hacia mí. Matt deja escapar una maldición cuando el ascensor se detiene, y me río feliz. Me da un último beso antes de salir cogiéndome la mano.

—Bienvenida a mi despacho.

Su despacho es enorme y elegante. Al fondo hay un gran ventanal que ofrece unas vistas impresionantes. El edificio está situado en la zona financiera de la ciudad y rodeado por varios rascacielos como este. Una gran mesa de roble llena de papeles y con un ordenador portátil preside la estancia, y a un lado hay un sofá de cuero negro y un mueble bar con una barra y dos sillas.

—A veces mis reuniones se alargan mucho y tengo que ofrecer algo para beber. ¿Te gusta?

—Sí, no está mal.

Matt tira de mí hacia la cristalera y me señala otro edificio.

—Allí es donde trabajan Albert y Robert. Es de los padres de Jenna.

—Parece muy elegante.

—Lo es. ¿Qué te apetece comer? —Matt va hacia la barra y saca una carta.

Lo sigo y me siento a leerla en uno de los taburetes.

—Todo tiene buena pinta... y es carísimo. ¿No tienen hamburguesa con patatas? —Matt sonrío y la cierra.

—Confía en mí.

Matt coge el teléfono y encarga menú para dos; lo pide por números, de forma que no sé a qué corresponde cada uno. Al poco tocan a la puerta y, tras darle Matt permiso para entrar, abre la puerta una señora de mediana edad que le tiende unos papeles y le pone al día de todo. Ni me mira, hace como si no estuviera. Me pregunto si Matt habrá traído a alguna chica aquí otras veces y por eso la mujer no lo ve raro.

—¿Qué te pasa? —me dice Matt cuando se va su secretaria.

—Nada, solo que la tienes bien enseñada para que no se meta en tu vida...

—Sí. Ella sabe que mi vida privada es mía. Y, por si te lo estás preguntando, no, no he traído nunca a nadie aquí.

—¿Y esperas que me lo crea?

Matt me besa desarmándome.

—Sí. Voy a cambiarme.

Asiento y lo veo irse hacia un cuarto adyacente, que supongo es el aseo. Al poco le suena el móvil, que ha dejado sobre la mesa. Lo cojo y voy a llevárselo.

—Pasa —oigo que me dice desde el interior cuando llamo a la puerta, y abro.

—Te está sonando el... —Me quedo muda cuando lo veo con un pantalón de traje y una camisa azul claro sin abrochar.

Matt me coge el móvil con una media sonrisa y se queda a un metro de mí. Es la primera vez que lo veo sin camisa a plena luz del día desde que nos hemos encontrado de nuevo. Mi mente recuerda el cuerpo delgado y fibroso del joven que conocía, y que nada tiene que ver con el torso marcado y bien formado que tengo ante mí. No está musculado en exceso y eso lo hace perfecto. Me encanta.

Matt lleva una de mis manos hacia su pecho y la deja sobre su corazón mientras sigue hablando por el móvil. Yo no escucho lo que dice, absorbo en el placer de acariciar su suave piel. Su corazón late tan rápido como el mío y, cuando deslizo la mano hacia abajo, noto que Matt se estremece bajo mis dedos y eso me hace sentir poderosa y deseada.

Por fin cuelga y pone su mano libre sobre la mía.

—Hemos cambiado tanto... —le digo tocando su firme abdomen.

—Lo verdaderamente importante no entiende de aspectos físicos.

Matt me besa y sé lo que ha querido decir. Aunque antes no fuera más que un joven flaco y delgado, para mí era perfecto. Era Matt, y lo que sentía al tocarlo era exactamente lo mismo que siento ahora: como si con cada caricia mía pudiera tocar su corazón y su alma.

Matt coge mi cara entre sus manos y me besa de forma lenta y pausada, pero conforme pasan los segundos el beso se vuelve más desesperado. Le beso con la misma intensidad y lo acaricio necesitando más de él. Su lengua busca la mía al tiempo que me coge por los muslos para que mis piernas rodeen su cintura. Me apoya en el mueble del baño sin dejar de besarnos. La pasión se ha desatado entre los dos y no somos capaces de ponerle fin. Son muchos años soñando con sus besos, con sus caricias. Con lo que hicimos esa única noche, en cómo me sentí colmada en todos los sentidos. Tira de mi camiseta y esta vez lo dejo hacer sin tensarme. Me recorre un escalofrío cuando Matt me acaricia la espalda desnuda bajando y subiendo sus manos por ella. Las mías también se deslizan por su espalda y por su pecho, sin dejarme rincón por descubrir, por memorizar. Matt lleva sus manos a la parte baja de mis pechos y los acaricia con timidez hasta que se decide a subirlas y estrujarlos a través de mi ropa interior. Gimo entre sus labios cuando la presión en esa zona tan sensible aumenta. Después me baja el sujetador lo justo para que mi rosado pezón quede libre y lo roza con la yema de sus dedos. Hay tanta delicadeza,

tanta devoción en su forma de tocarme, que no hace más que aumentar mi deseo por él. Por fin me quita del todo la prenda y separa sus labios de los míos para descender por mi cuello. Me muerdo el labio cuando lame una parte muy sensible de mi cuello que ignoraba que tenía. Respiro agitada. Agacho la cabeza y observo como se va aproximando a mis cimas. Antes de besarlas, me mira con sus ojos azules cargados de pasión y debe de ver en mi rostro lo que necesitaba para dar el siguiente paso, porque sus labios se cierran ahí donde me moría por notar la calidez de su boca. Me besa, me acaricia. Cada vez noto más y más calor y mi sexo se contrae con cada una de sus caricias.

—Matt... —digo, sin saber muy bien qué le estoy pidiendo.

—Aquí no —responde antes de alzarse y besarme de nuevo en la boca—. Pero pronto —añade antes de desabrocharme el pantalón y colar dentro una de sus manos. Me tenso cuando toca mi feminidad, y me besa más tiernamente mientras sus dedos se cuelan ahí donde nadie más me ha tocado íntimamente desde que lo perdí. Me siento morir cuando acaricia el lugar más sensible de mi sexo, y noto que mi botón se inflama bajo sus dedos. Sus besos se hacen más intensos, así como sus caricias, hasta que consigue que explote en un millar de pedacitos.

—Preciosa... —me dice y me besa con ternura en la comisura de la boca y en la frente antes de acunarme en su pecho mientras me acaricia la espalda.

Me pierdo en lo que me produce. En lo que siento cuando estoy a su lado, y, sin poder evitarlo, mis ojos se llenan de lágrimas. Como si lo supiera, alza mi barbilla y me las seca.

—No me voy a ir a ningún lado —dice leyendo en mis ojos el miedo que siento ante una inminente despedida. A que me defraude de nuevo.

Asiento al tiempo que tocan a la puerta, interrumpiéndonos. Lo miro sonrojada. Matt sonrío y se abrocha la camisa antes de salir del servicio y cerrar la puerta. Me arreglo la ropa y me miro al espejo.

Tengo los labios rojos e hinchados, las mejillas sonrosadas, y mis ojos rebosan de amor. No me arrepiento de lo que ha pasado, pero con Matt todo es tan intenso que luego me cuesta regresar a la normalidad. Hacer como si no hubiera pasado cuando lo que más deseo es saltar de felicidad. Por un instante vuelvo a ser esa niña que creía en cuentos de hadas, pero solo dura un segundo, pues enseguida el miedo a que Matt me falle empaña mi alegría.

Salgo del cuarto de baño cuando estoy lista. Su secretaria ha traído la comida que pedimos. Matt se ha metido la camisa por dentro del pantalón y no hay en él nada fuera de lugar..., bueno, y si lo hubiera, seguro que su secretaria no diría nada.

—Es un poco rara... —digo cuando se marcha y cierra la puerta.

—Trabajaba para mi padre. Aprendió con él lo de ver, oír y callar. Un día me reconoció que trabajar conmigo era un descanso, pues mi padre le hacía plantearse muchas veces hasta qué punto tenía que aguantar según qué cosas por el bien de su familia. Le subí el sueldo.

—No me extraña.

Matt lleva la comida a una mesa auxiliar. Me siento cuando él lo hace y levanto las

campanas plateadas para descubrir qué ocultan bajo ellas.

—¡Hamburguesas! —exclamo con una sonrisa.

—Tú pides, yo concedo tus deseos.

Lo miro ilusionada y me pongo a comer tras prepararme la hamburguesa. Soy tan feliz que tengo miedo, un miedo atroz a que todo esto no sea más que una realidad falsa.

MATT

Me río cuando a Becca le cae ketchup en la camiseta, y ella me lanza una patata a la cara.

—¡Eh! No me manches —le digo de broma.

Becca me saca la lengua y coge de su bolso una toallita de bebé. Mientras se está limpiando la mancha, tomo su mano y le acaricio los dedos.

—Me hubiera gustado estar a vuestro lado... Hubiera hecho lo imposible para que no os faltara de nada.

Becca me mira con una sonrisa.

—Lo sé.

Sus ojos me observan cargados de sentimiento, pero no puedo ignorar ese temor velado que veo en ellos. Me acerco y le robo un beso, que me trae enseguida el recuerdo de lo que pasó en el servicio.

Contenerme fue tremendamente difícil, pues lo que más deseaba en ese momento era adentrarme en su interior y colmarlo por entero. Verla con la piel levemente sonrojada y el pelo alborotado, con esos pechos que pedían mis besos..., es lo más erótico que he presenciado en mi vida. Su cuerpo ya no es el de una niña. Pero es que, además, Becca siempre consiguió que lo que hacemos sea algo más que hacer el amor, que todo adquiriera un matiz diferente y que sus caricias me lleguen al alma como nadie lo ha conseguido. Es preciosa. Y haré lo que sea necesario para que un día me mire solo con amor, sin un atisbo de temor en sus ojos.

Estamos terminando de comer cuando suena mi teléfono. Normalmente sigo trabajando mientras como, pero hoy me apetecía comer con Becca tranquilamente y darme un respiro.

Becca se da cuenta de que estoy hasta arriba de trabajo, por lo que se levanta y empieza a recoger sus cosas. Pero la atraigo a mi regazo y contesto la llamada. Nada más colgar vuelve a sonar el teléfono: es mi secretaria para recordarme la reunión que tengo en cinco minutos.

—Me voy —me dice antes de depositar un beso en mi cuello que me produce un escalofrío—. Me ha gustado mucho comer contigo.

—¿Puedes mantener una relación con alguien ligado a sus responsabilidades? —A pesar de mi sonrisa y mi tono bromista, Becca se percató de que temo que un día se canse de estar con alguien que tiene tan poco tiempo para hacer cosas normales.

—No lo sé..., tendrás que demostrarme cada día lo que me pierdo si no estoy a tu lado —bromea antes de darme un último beso. Hago una llamada y le pido un coche para que la lleve a casa.

—Llegaré lo antes posible... y si no, mañana te espero para desayunar.

Becca se acerca y se abraza a mí. La acuno en mis brazos, sintiendo un nudo en el estómago, pues cada vez que me abraza de esta manera es como si tratara de buscar el consuelo y la garantía de que todo va a ir bien, de que no le voy a volver a fallar.

Es culpa mía que sienta este miedo, pero no solo le voy a demostrar cada día que merece la pena estar con alguien ligado a su trabajo, sino que nunca le haré daño intencionadamente.

* * *

Otra vez llego tarde a mi casa. A veces Becca me pregunta cómo puedo con todo, con el trabajo y la universidad; ni yo mismo lo sé. Estoy deseando terminar la carrera para tener más tiempo libre y poder ir menos agobiado; pero hasta que eso suceda, no puedo dejar de lado mis responsabilidades, ya que de la buena gestión de las empresas que me legó mi padre dependen muchas familias. Por ellas saco tiempo de donde sea... Aunque ahora mismo lo que realmente me gustaría sería tener más tiempo para Becca y mi hijo.

Entro al cuarto de Becca para verla dormir, como suelo hacer desde que empezamos, con idea de ir luego al de Matthew. Sin embargo, cuando abro la puerta de su dormitorio y me encuentro la cama sin deshacer, me tenso. Rápidamente me dirijo al cuarto del pequeño, temeroso. ¿Le sucederá algo a Matty?

Al abrir la puerta, no tardo en ver a Becca sentada en la cama del niño poniéndole la mano en la frente. Siento que me falta el aire y me quedo tan helado que no atino a ir hasta ellos.

—Becca...

Ella se gira hacia mí y sonrío. Esto me calma un tanto, pero no del todo. Me acerco a la cama angustiado como nunca. Nunca he sentido tanto miedo.

—Tranquilo, solo es un poco de fiebre. Tiene la garganta inflamada, se le pasará.

Acaricio la frente del pequeño, agobiado. ¿Por qué tienen que ponerse enfermos los niños? Sé que solo es un constipado, algo normal y que les hace desarrollar sus defensas, pero me aterra la posibilidad de que un día le pase algo peor.

—Matt —Becca tira de mí y salimos a la salita contigua—. El miedo que veo en tus ojos yo ya lo he sentido —me dice en un susurro.

—No soporto la idea de que le pase nada malo. Prefiero mil veces padecerlo yo.

Becca me abraza olvidándose de la prudencia.

—Lo sé. Uno se siente muy impotente cuando sufre alguien a quien queremos, y más si es un hijo.

Pero no debes pensar en eso, piensa que se pondrá bien. No dejes que la ansiedad por todo lo malo que le podría suceder te atrape. Si no, no vivirás.

La abrazo y acaricio su espalda sin dejar de mirar a Matthew, que duerme ajeno a mis preocupaciones.

—Recuerdo que cuando nació tenía miedo de todo. Me angustiaba cada vez que le oía llorar. La primera noche que dormí con él me la pasé mirándolo, temiendo que le pasara

algo, que dejara de respirar o que me necesitara... Con el tiempo fui aprendiendo a vivir con ese miedo.

—Y a pesar de ello, acabaste con una úlcera.

—Bueno, sí, la vez que Matthew se puso mal con una fiebre muy alta fue cuando acabé en el hospital, pero en realidad lo que la venía gestando era el miedo a que tu padre nos encontrara.

—Siento el daño que te hizo mi padre...

—Lo sé, pero no puedes reparar todo lo malo que hizo en su vida.

—Si no todo, al menos debo intentar aliviarlo en parte.

Me siento en el sofá y tiro de ella para que se siente a mi lado, pero Becca lo hace manteniendo una distancia prudencial. No digo nada, pues sé que es porque está preocupada por Matty, pero me gustaría que empezara a creer que no solo estoy con ella para unos días.

Acaricio su mano y nos quedamos velando al pequeño. Aunque solo sea una ligera fiebre, no podemos irnos a dormir como si nada, pues debemos estar pendientes de si le sube demasiado para llevarlo a urgencias. Por suerte, al amanecer le ha bajado del todo.

Voy a mi cuarto para darme una ducha, cansado y sin fuerzas para empezar el día. Cuando estoy listo bajo a preparar café y cacao y lo subo con unos bollos al cuarto de Becca. Abro la puerta con cuidado de que no me vea nadie del servicio y me cuelo sigiloso en su habitación. Está dormida sobre la cama, síntoma de que no tenía fuerzas ni para deshacerla y meterse dentro. Dejo el desayuno en la mesa y la arropo, y después apago su despertador y el de su móvil. Es mejor que hoy se lo tome de descanso. Le escribo una nota antes de irme a clase y bajo de nuevo a la cocina para desayunar y ponerme en marcha.

Antes de irme, sin embargo, me paso por el cuarto de Matty y compruebo que duerme plácidamente y sin rastro de fiebre.

Tal vez, como dice Becca, se me irá este miedo de perderle, este miedo de perderlos, de no ser lo que ellos necesitan.

Espero estar a la altura de lo que merecen.

BECCA

Me pongo los pendientes nerviosa. Matt me ha mandado un mensaje pidiéndome que reserve la tarde para que tengamos una cita. ¡Una cita! Nunca he tenido una cita, ni con él ni con nadie, y estoy muy excitada e ilusionada. Confío en que Matt sabrá dónde llevarme para que nadie nos vea. Cada día que pasa confío más en él, y mis reservas y mi miedo a que todo salga mal van desapareciendo.

Ayer no fui a clase, pues estaba que me caía de sueño y, además, Matt me apagó el despertador. Mis ojos se van sin querer a su nota, que dejé doblada en el escritorio para que nadie la lea por error. Me la sé de memoria:

Descansa. Te mereces un descanso, no me gustaría que tú también cayeras enferma. Aunque te cuidaría encantado.

Te quiere, Matt.

Sonríó enamorada, feliz. A veces me cuesta no pasarme el día en las nubes para que nadie note lo que me sucede. Sí, mi parte soñadora está volviendo poco a poco, casi sin darme cuenta. Matt lo está consiguiendo. Me miro en el espejo preguntándome si a Matt le gustará mi aspecto, y esperando que sea así.

Voy a ver a Matthew, que está con su abuela haciendo los deberes.

—¡Qué guapa, mamá! —me dice nada más verme. Le sonrío feliz.

—¿Tú crees?

Asiente con la cara llena de chocolate que le ha debido de dar de postre su abuela.

Le doy un beso en la frente. Ya no tiene fiebre, y hoy ya ha ido a clase.

—Pásalo bien con tus amigos —me dice la madre de Matt.

—Sí —me sonrojo por mentirle y aparto la mirada—, nos vemos luego.

Salgo de la casa y, siguiendo las indicaciones que me ha dado Matt por teléfono, me dirijo hacia la parte del bosque más cercana al pueblo. Tomo un camino de tierra que normalmente está muy transitado pero, gracias a que son solo las cuatro de la tarde, puedo andar por él sin problemas.

Avanzo por el sendero a la espera de encontrar a Matt, pero no lo veo. Miro a ambos lados del camino, por si estuviera entre los árboles, y cuando vuelvo a mirar al frente, me detengo muda de asombro.

Ante mí está Matt montado en un imperioso caballo blanco, sonriéndome. Me acerco a él sin perder detalle de sus bellos ojos azules; los míos están llenos de lágrimas que me cuesta un mundo contener. Me tiende una mano cuando llego a su lado.

—No es tarde para devolverte los sueños que perdiste.

—No quiero que lo sea...

Tomo su mano con fuerza y dejo que me alce tras él en el caballo. Cuando estoy instalada, me abrazo a Matt con fuerza y deseo de verdad que sea el príncipe con el que soñaba de pequeña.

Matt me lleva de paseo por estos parajes desconocidos para mí. Y aunque trato de centrarme en el paisaje, solo soy consciente de su persona, de lo que siento abrazándolo y sintiéndolo a mi lado.

Matt detiene el caballo cerca de un claro, desmonta de un salto y me coge de la cintura para ayudarme a bajar. Antes de que mis pies toquen el suelo, me besa con pasión y ternura, y me dejo llevar.

Estamos solos, nadie puede ser testigo de nuestro amor. Me olvido de todo salvo de Matt.

—Espero que tengas hambre —me dice sacando comida de las alforjas del caballo.

—Según de qué. —Me mira con una pícaro sonrisa—. No seas mal pensado.

Matt se ríe feliz.

—De tarta de queso y arándanos. Recuerdo que era tu preferida.

—Y lo sigue siendo... Gracias, gracias por estos detalles. Por tratar de que no me olvide de quién era.

—De nada. Es un placer —me dice algo cortado por mi cumplido.

Le ayudo a extender un mantel bajo la sombra de un árbol. El caballo pasta tranquilo a nuestro lado.

Pruebo la tarta, está deliciosa.

—La he comprado en el restaurante de los padres de Elen.

—Ya decía yo que me resultaba familiar. Cuando iban a visitarla antes de que volviera al pueblo le llevaban comida, sobre todo helados.

—Su padre es un maestro de los helados.

—Doy fe de ello.

Matt me da a comer de su cuchara, me río y lo acepto, pero cuando yo le tiendo la mía, Matt se mueve adrede y se mancha. Me río y me inclino hacia él para besar el resto de nata en la comisura de sus labios. Pronto nos olvidamos de la tarta y nos deleitamos con un postre mucho más dulce y placentero, nuestros labios. Nos giramos hasta que mi espalda se apoya en la manta y Matt se sitúa entre mis piernas.

Jadeantes nos separamos y Matt apoya su frente sobre la mía para recuperarnos. Se apoya sobre un codo y me aparta un mechón de la mejilla. Miro fascinada en sus ojos azules, son tan intensos y me transmiten tanto, que no puedo dejar de perderme en ellos.

—¿De quién es el caballo? ¿Porque no se te habrá ocurrido comprarlo aposta para la ocasión?

Me sonrío.

—Es de Liam. En palacio tienen varios caballos y le pedí uno prestado..., aunque más de una vez se me ha pasado por la cabeza la idea de comprarme uno.

—Es precioso. Y además, blanco.

—No sé de dónde te viene esa manía tuya de imaginarme siempre en un caballo blanco. ¿Acaso no podía ser de otro color? O algo un poco más moderno.

Miro el majestuoso caballo y recuerdo lo que sentí al ver a Matt montado en él, con la luz del sol golpeándole por detrás. Parecía de verdad mi príncipe, era mucho mejor que como lo había imaginado.

—Me da igual el caballo. Me hubiera sentido igual de especial si me hubieras estado esperando solo tú. —Matt me roba un ligero beso—. Te quiero, Matt...

—¿Pero? —pregunta, adivinando por mi tono de voz que hay algo más.

—Sigo teniendo miedo..., no puedo olvidarlo tan fácilmente.

—No hay prisa. De momento, me conformo con que bailes conmigo.

Matt se levanta y me tiende una mano. Dudo, pero nada más que un instante, pues, como

dije antes, por esta vez solo soy Becca, la chica que soñaba con cuentos de hadas; solo por esta tarde bajaré las murallas. Espero que nada me haga alzarlas de nuevo.



CAPÍTULO 15

BECCA

Al entrar en el instituto me choco con alguien, que rápidamente me coge del brazo para que no me caiga. Por su risa, enseguida sé que se trata de Kevin.

—Me apuesto lo que quieras a que andas en las nubes por culpa de tu novio. —Lo miro sonrojada, se ríe—. Me alegra ver que eres feliz... ¿A qué ha venido esa cara? —Aparto la mirada para que no siga viendo lo que no quiero.

—Nada. —Kevin tira de mí hacia una clase vacía y cierra la puerta—. Vamos a llegar tarde a clase... —me quejo.

—Me da igual. ¿Qué te pasa? Te conozco lo suficiente para saber que algo empaña esa felicidad.

—Todo está bien...

Se sienta en un pupitre y me escruta con sus penetrantes ojos verdes, dejando claro que no piensa irse a ningún sitio hasta que le diga la verdad.

—Me puedo pasar aquí todo el día.

—Eres un verdadero incordio. —Sonríe de medio lado de esa forma tan atractiva suya—. Todo está bien, muy bien, demasiado bien...

—... Y te aterra que ahora que has bajado la guardia pase algo que te destroe.

—Sí. Y me considero una persona horrible por tener estas dudas... —Kevin se acerca a mí y me alza la barbilla para que me calle y deje de decir esas cosas.

—No lo eres. ¿Te crees que a veces no me asalta el temor de que los padres de Adair nos den de lado? Lo hace, y me siento mal por no poder dejar de lado mis miedos. Pero sé que un día se irán solos.

—Me gustaría lanzarme por el precipicio sin más y saber que él estará cuando caiga..., pero no puedo.

—Hoy no puedes, pero nadie sabe qué pasará mañana. No adelantes acontecimientos, Becca, todo a su tiempo.

Kevin me abraza, y me dejo arropar por este amigo al que ahora sé que siempre quise pero

nunca amé.

Entro en clase y escribo un escueto mensaje a Matt, que no tarda en responderme:

Yo también te quiero.

Sonrío, deseando que esa punzada que siento en el pecho cuando más feliz soy pronto se disipe.

* * *

Intento no quedarme dormida mientras espero a que venga Matt, ya que me escribió a mediodía para decirme que, aunque llegaría tarde, se pasaría a verme.

Pero me resulta imposible mantener los ojos abiertos. Estoy a punto de sucumbir al sueño cuando escucho la puerta abrirse, y me despierto de golpe. Veo a Matt entrar en mi cuarto y venir sonriendo hacia mi cama. Se ha cambiado de ropa y por su pelo húmedo deduzco que se ha dado una ducha. Hasta con esa ropa de dormir, que más parece un chándal, está como siempre, impresionante.

Cuando entrelazo mis ojos con los de Matt, sé que ha adivinado que lo estaba devorando con la mirada. Se acerca a mi cama y se mete dentro antes de robarme un beso rápido que me deja con ganas de más.

—¿Qué estabas viendo?

Miro la tele. Los dos protagonistas están en un autocine y, por lo que se ve, no prestan atención a la película.

—Es una comedia romántica... —le explico azorada.

—¿Has ido alguna vez a un autocine? —me pregunta observando cómo se desenvuelve la escena.

—No.

—¿Y te gustaría? No lo digo solo por lo de meternos mano, que también. —Sonríe de medio lado y me mira. Me pongo roja como un tomate y eso parece gustarle, pues me acaricia con ternura la mejilla—.

Me refiero al ambiente. Cenar en el coche, ver cómo anochece y empieza la película, y, si te fijas bien, en el cielo a veces puedes ver estrellas fugaces.

—Tiene que estar bien.

—Sí, pero lo mejor sigue siendo lo de meterse mano a oscuras. —Lo golpeo y se ríe. Me encanta este lado suyo juguetón. Me coge la cara entre las manos—. ¿Te gustaría ir? —Asiento—. Sacaré tiempo de donde sea para llevarte. Ahora es mejor que duermas un poco...

—¿Te vas a ir a tu cama?

Matt apaga la tele y me mira.

—No si tú no quieres.

Sonrío y me arrebujó en la cama feliz de que no se vaya.

—No quiero.

—Me alegra escuchar eso, porque no tengo ningunas ganas de irme a mi solitaria y fría cama. —Me alza la cabeza y atrapa mis labios con los suyos. Cuando ponemos fin al beso de buenas noches, ambos estamos jadeantes.

Apaga la luz y me acomodo en su pecho, sintiéndome protegida y mimada como nunca. Por unos instantes dejo a un lado mis miedos y disfruto de esta calidez que siento en mi pecho y que se extiende por cada parte de mi ser.

* * *

—¿Y yo no puedo ir con vosotros? —me pregunta Matthew mientras termino de arreglarme poniendo morritos desde mi cama, donde está sentado.

—La abuela ha dicho que veréis una peli y cenaréis hamburguesas. Lo vas a pasar muy bien.

—Pero yo quiero ir con vosotros.

Lo miro y se me parte el corazón. Me siento una mala madre por dejarlo aquí con su abuela, cosa que no tiene sentido, pues ella lo cuida muy bien y no le falta de nada. La culpa la tiene su carita de pena, que me hace sentir deshonesto con él, como si yo no quisiera que se venga con nosotros porque ha hecho algo malo.

Me acerco a la cama y me siento a su lado. Él me mira a la espera con la misma expresión compungida. No sé por qué le dije que me iba a ir con su padre a un recado; tal vez porque quería tantear su reacción y ver cómo se lo tomaba. No esperaba que lo que deseara fuera venirse con nosotros.

Tocan a la puerta y digo que pasen. Matt entra vestido de manera informal y guapísimo. Al ver la cara del pequeño se le borra la sonrisa que traía.

—No pasa nada, es solo que Matthew se quiere venir.

—Pero, Matty —la madre de Matt ha entrado detrás de este—, la abuela ha preparado un montón de pelis en el salón, y hasta he hecho una tienda de campaña como te gusta.

Matty agranda los ojos y la mira emocionado, olvidando de golpe su insistencia en venirse con nosotros.

—¿Has puesto mis juguetes preferidos y todo como me gusta?

—Seguro que algo he hecho mal. Deberías inspeccionarlo tú mismo.

Se pone tieso y parece más maduro de lo que es.

—Sí, es mejor que lo compruebe yo. Pasadlo bien —nos dice este pequeño «viejo» que pasa de niño a adulto en pocos segundos, y sale muy erguido del cuarto, seguido de su abuela.

Cuando se van miro a Matt, que se ha quedado un poco serio.

—Tal vez debería haber pensado un plan que lo incluyera...

—No lo hagas.

—¿El qué?

—Sentirte mal. Hasta hace un momento yo me sentía así también, pero no hacemos nada malo. No lo estamos dejando abandonado, solo cogemos un poco de tiempo a solas para nosotros. Y eso no es malo—le digo autoconvenciéndome.

Matt sonrío y se acerca para robarme un beso que me deja con ganas de más.

—Tienes razón. Otro día pensaré algo para hacer los tres. Pero esta noche es nuestra. ¿Nos vamos?

Asiento y Matt tira de mí hacia el garaje. Solo me suelta la mano cuando oímos ruidos cerca que nos alertan de la presencia de algún empleado del servicio. Me monto en el coche decidida a no dejar que la reacción de Matthew me afecte. Tanto Matt como yo debemos aceptar que, aparte de padres, somos personas que necesitamos tener citas y aventuras, tiempo para nosotros, y que eso no significa que queramos menos a nuestro hijo.

* * *

Me quedo alucinada por la cantidad de coches que hay a la espera de entrar cuando llegamos al autocine. Miro emocionada a Matt y atesoro todo lo que veo en mi mente. Pagamos y Matt conduce hacia una zona donde se ve bien la película y no hay muchos coches cerca. Lo miro cuando detiene el coche alzando una ceja.

—¿Qué? Lo de meterte mano iba en serio. —Me guiña un ojo pícaro y me roba un beso antes de salir del coche.

Lo sigo y vamos de la mano hacia la cafetería para coger la cena antes de que empiece la primera película, pues es sesión doble. Ambas me gustan, aunque sé que si no me gustaran las disfrutaría igual. Es igual que en las películas que he visto. Hasta el olor a fritanga que sale de la cafetería era como me lo imaginaba.

Pedimos más comida de la que con seguridad nos vamos a tomar. Mientras esperamos que la preparen, Matt vuelve un momento al coche a hacer una llamada. Regresa justo cuando nos sirven la comida y cogemos las bolsas entre risas, sabiendo que nos hemos pasado al pedir. Al llegar junto al coche, veo que Matt ha sacado una mesa de playa y dos sillas, como he visto hacer a varios mientras veníamos.

—¡Me encanta! —exclamo ilusionada.

Preparo las cosas en la mesa sin dejar de reír. Matt me observa ensimismado, como si lo mejor del entorno se encontrara reflejado en mi mirada, y eso me hace sentir especial. Me acerco y le robo un beso muy, muy largo y luego lo abrazo con fuerza.

—Gracias por todo esto. Por hacer algo así sabiendo que me haría feliz.

—De nada. —Me roba un beso y nos ponemos a cenar.

La primera película empieza. No es como en un cine, donde la oscuridad te hace apreciar bien todos los matices de la imagen, pero el ambiente hace que merezca la pena esta experiencia.

Acabamos de cenar y Matt me pasa una manta por los hombros antes de acercarme a él. La postura es incómoda y las sillas también, pero no me movería de aquí ni aunque me

pagaran, y menos cuando Matt coge mi mano y empieza a hacer círculos en ella que me producen un sinfín de escalofríos. A pesar de que no quito ojo de la pantalla, no me entero de nada del argumento, pues mi mente no está en lo que veo, sino en las nubes por lo que Matt me hace sentir.

Una vez que termina la primera película, recogemos las cosas para meternos dentro del coche. Nos sentamos en la parte trasera para estar más cómodos y resguardarnos mejor del frío. Antes de que la segunda peli empiece, Matt se agacha y pone algo en mis manos. Al bajar la cabeza, veo que es un libro envuelto y con un gran lazo rojo. Enciende la luz del coche y me percató de que es un cuento. Leo el título emocionada:

— *La niña que volvió a creer en cuentos de hadas.* —Lo miro ilusionada, desato el lazo y abro sus páginas.

Es un cuento personalizado, de esos en los que tú puedes poner los nombres que tú quieras a los protagonistas. Y me fijo en que ha elegido su nombre, el de Matty y el mío. El gesto me emociona y no puedo evitar que una lágrima se escape de mis ojos.

—No lo he comprado para hacerte llorar...

—Es de felicidad. —Alzo la cabeza y lo miro—. Gracias, es precioso, y quiero ser esa niña..., volver a creer en cuentos de hadas. En ti.

—Poco a poco. —Me seca las lágrimas antes de besarme—. Te quiero, Becca.

—Y yo a ti.

La peli empieza y Matt apaga la luz antes de coger mi cara entre sus manos y besarme, pero esta vez lo hace sin esconder nada de esa pasión que se enciende cada vez que estamos juntos. El beso se intensifica y me olvido de todo, del cine, de los otros coches, salvo de mi Matt.

MATT

Me pierdo en el sabor de los besos de Becca. Sin dejar de besarla, nos tapo con la manta y me recuesto lo justo para que su cuerpo se amolde al mío en el estrecho asiento del coche. En las películas esto parece más fácil y más atractivo, pero lo que ella me hace sentir evita que piense en lo incómodo que realmente es.

En el momento en que Becca me rodea con sus piernas, sé que estoy perdido. Bajo mis labios por su cuello y la beso. Me encanta cómo huele, cómo su cuerpo reacciona a mis caricias y cómo se le eriza la piel cuando le pego un pequeño mordisco junto a la oreja. Me encanta que sea tan receptiva, que no me esconda lo que siente. Que poco a poco vuelva esa Becca que amaba la vida con intensidad y disfrutaba de las cosas buenas; esa que por mi culpa se perdió por el camino.

Alzo mi mano por su costado y la meto debajo de su camiseta. Llego a sus pesados pechos y no puedo evitar la tentación de acariciarlos por encima del sujetador. Sé que estoy llegando muy lejos cuando el eco de la película se cuele dentro del coche y me recuerda dónde estamos. Me detengo y apoyo mi frente sobre la suya, recuperando la respiración.

—La idea era meterte mano, no hacer exhibicionismo público.

Becca se ríe y se alza para darme un espontáneo beso.

Acaricio su mejilla maravillado por esta plenitud que siento dentro de mí. Solo a su lado he sentido esto. Cuando la perdí, el vacío en mi pecho era tan enorme que preferí convencerme de que la odiaba o que nunca me había importado a aceptar que me faltaba y que, sin ella, vivir era un tormento.

El único problema es el miedo que veo en sus ojos, ese que me recuerda constantemente que tal vez un día le falle sin querer y la pierda de nuevo. Ahora sé que, si eso sucediera, me pasaría toda la vida enmendando mi error para que volviese a mirarme como lo hace ahora, con todo ese amor velado en sus ojos castaños.

* * *

Matthew duerme plácidamente en su cama. Entramos en mi cuarto con cuidado de que nadie del servicio nos vea ni nos escuche. Tras cerrar la puerta, no espero más para besarla. Me deleito en su sabor, en cómo su cuerpo encaja con el mío y en el placer que me producen sus pequeñas manos recorriendo mi cuello y enredando sus dedos en mi pelo. La alzo y su espalda choca con la pared. Sonríe entre sus labios. Me rodea con sus piernas y la cojo de los muslos para que no se caiga. El beso cada vez se hace más intenso. Llevamos toda la noche provocándonos con mudas caricias y miradas, y ahora no hay nadie cerca que nos haga tener prudencia.

Voy con ella hacia mi cama y la tiro sobre el sinfín de almohadas que cada día los empleados ponen en su sitio. Algunas caen al suelo; otras rodean a esta musa de cabellos castaños que me tiene enamorado.

Me quito la chaqueta y la camisa mientras Becca hace lo mismo, quedándose solo con el sonrojo y su sujetador como única prenda. Me conmueve su gesto y me acerco para dejar un rastro de besos por su cuello y por toda la piel al descubierto, maravillado por su suavidad. La acaricio sin dejarme ningún recoveco por explorar y la amo con mis besos como sé que las palabras nunca podrían expresar.

Cuando me acomodo entre sus piernas y atrapo sus labios, estoy enfebrecido de deseo. El calor ha aumentado en el cuarto. Becca sube sus manos por mi espalda al tiempo que yo lo hago por sus costados acariciando su aterciopelada piel. La beso sin conseguir saciarme de sus labios. Nos movemos haciendo que nuestros sexos se toquen, y Becca gime entre mis labios.

Desciendo con mi boca hasta llegar a sus pechos. Le quito el sujetador y me separo para admirarla.

Para atesorar en mi memoria esta imagen de ella en mi cama. El amor se desborda en mi pecho mientras la contemplo. Es realmente preciosa.

Me pierdo en sus ojos cargados de amor y deseo. Y cuando veo en ellos una pizca de temor, sé que debo ir más despacio. Que Becca aún necesita más tiempo para confiar ciegamente en mí.

Me acerco a sus labios y la beso con ternura. La abrazo con fuerza y ella hace lo mismo. No decimos nada, no hace falta, la conozco lo suficiente para saber que, aunque me desea, tiene miedo de entregarse por entero a mí y perderme después.

* * *

—Os pienso ganar. —El pequeño Matthew señala con su dedo índice a todos los presentes y añade—: A todos.

Miro a Liam, que observa al pequeño divertido. Elen ha ido a la cocina con Becca a por la merienda.

—No pienso dejarte ganar —le respondo divertido.

—No hace falta, soy mejor que vosotros —nos dice chulito mientras coge su baraja de cartas de dibujos animados. No dudo un segundo de que sea mejor que nosotros: no sé ni cómo se juega a ellas.

Decidí darme un respiro y tomarme esta tarde libre porque no dejaba de pensar en la cara de mi hijo triste cuando supo que hacíamos planes sin él. Llamé a Liam para proponerles esta merienda y, la verdad, solo por ver la cara de felicidad de Matty cuando se lo he dicho ha merecido la pena.

—Ya estamos aquí. —Becca entra en la sala con una bandeja llena de dulces y Elen con otra.

El pequeño salta feliz y les dice dónde deben dejarlo todo. Hemos puesto cojines en la alfombra del salón para sentarnos en el suelo. Nos acomodamos y repartimos las galletas que tendrá cada uno y que debe ir apostando. Miro a Becca de reojo a mi lado, que no deja de observar a Matthew mientras nos explica cómo debemos jugar.

—Os advierto que es muy bueno —nos anuncia Elen.

—Lo soy —apunta Matty sacando pecho.

Lo cojo y me pongo a hacerle cosquillas.

—Tienes que ser más humilde.

—Solo he dicho la verdad —me dice entre risas.

Empezamos a jugar. Se nota que Becca y Elen ya han jugado muchas veces con él a este juego. Me entristezco un poco al pensar que me he perdido muchos momentos así con él, pero luego me digo que voy a construir otros nuevos y que no voy a dejar que me roben más. No quiero perderme ni uno más.

Siento una caricia en mi mano y me giro hacia Becca.

—¿Dónde estás? —me pregunta bajito.

—Aquí.

Me guiña un ojo, pero entonces Matthew se tira sobre ella y trata de mirar sus cartas, aprovechando que está distraída.

—¡Eh, eres un tramposo! —le grita, y él se ríe feliz.

Está más revolucionado de lo normal; salta a la vista que esto de la merienda le ha puesto contento.

Y aunque sé que esta noche nos costará dormirle, es un pequeño precio por verlo así.

Me giro hacia Becca y la veo irradiar alegría. Ojalá quede poco para que todas esas dudas

que nos separan se disipen.



CAPÍTULO 16

BECCA

Conforme pasan los días me siento más inclinada a creer que Matt no me dejará tirada otra vez. Hoy estamos a viernes y esta semana ha sido especial: ir al autocine y la partida de cartas con Matthew me han acercado más al Matt que yo conocía. Aunque también me gusta mucho cómo es el Matt de ahora.

Cuanto más sé de él, más me enamoro. Otra vez estoy cayendo en sus brazos irremediamente, y eso me aterra; reconozco que el miedo ha menguado, pero sigue presente. Por eso el otro día, cuando me abrazó y no seguimos adelante, lo agradecí, porque aunque lo deseo como sé que nunca desearé a nadie, temo entregarme por entero y que luego me falle, o quedarme de nuevo en estado y que nos vuelva a dejar tirados... No puedo evitar pensar así. Y me odio por hacerlo.

Termino de poner el pijama a Matty. Su abuela lo espera para que pase la noche en su cuarto viendo películas. La madre de Matt quiere mucho a mi hijo, y él a ella también. Mañana vendrá su pareja, que siempre está de viaje, pero por lo visto quería hacer un alto para conocer al niño que le había robado el corazón.

Yo he quedado para ir a casa de Dulce a ver pelis y, según me ha dicho Matt, a machacarme el estómago, cosa que debo evitar. Matt está arreglándose para ir a una fiesta, donde espera tener una reunión con un importante hombre de negocios que va a venir a vivir dentro de unos meses a este pueblo junto a su hija, una joven que ha sido estudiada y admirada desde que era pequeña. El otro día la busqué en Internet y encontré un montón de fotos suyas; la prensa rosa la persigue a todas horas, no sé cómo puede soportarlo. Aquí no se ha oído hablar mucho de ella pero, según me contó Matt, en su país es muy muy conocida: muchas jóvenes siguen sus dictados de moda al dedillo y poco a poco está adentrándose su estilismo en nuestro país. No tardará en expandirse, y más ahora que van a vivir aquí.

Espero que todo salga bien y que Matt consiga esa alianza. Además, estamos a la espera de lo que sucederá con Albert y sus hermanos. Matt ya se lo ha contado al grupo y todos esperan expectantes los acontecimientos.

La madre de Matt viene a por su nieto y Matthew se va con ella contento tras darme un beso en la mejilla.

Voy a mi cuarto para guardar mi pijama y a por ropa para cambiarme mañana.

—¿Estás lista? —pregunta Matt entrando en mi cuarto y cerrando la puerta.

Asiento y, cuando me giro hacia él, me quedo sin palabras. Está increíblemente guapo vestido de traje. Incluso parece otro hombre, alguien a quien yo no conozco; parece más el rey que es.

—Siempre me olvido de tu título..., pero verte así me lo recuerda.

—El título no hace a la persona. Solo soy Matt, y he heredado un título que perteneció a mis antepasados. Es solo historia.

—Lo sé, me lo decías de niño. —Alzo la mano y acaricio su mejilla recién afeitada. Matt toma mi mano y me besa.

—Te acompaño a casa de Dulce y luego me voy al baile.

—De acuerdo.

Matt coge mi mochila antes de salir de mi cuarto.

No tardamos en llegar a casa de Dulce. Hoy no conduce Matt, sino su chófer. Antes de bajarme, Matt se acerca para darme un beso. Yo aparto la cara, por si se da cuenta el chófer, pero Matt, que ya va conociendo mis formas de esquivarlo, se adelanta y me toma la cara entre sus manos para plantarme un beso en los labios.

—Eres un descarado. —Él se ríe—. Luego me tienes que contar todo lo que pase con Albert y sus hermanos.

—Lo haré. Pásalo bien.

Tras despedirme de él, cierro la puerta del coche y lo veo alejarse.

MATT

Llevo un rato en la fiesta. Ya he hablado con el señor Warhol y es posible que podamos llegar a un acuerdo. Parece un buen hombre. A pesar de que él también es rey, no ha hecho alusión a su título en ningún momento; en eso me recuerda a mí. Ahora estoy junto a Albert y Bianca, esperando la llegada de Jack y su hermano Aiden. Aunque Albert quiere aparentar indiferencia, en su mirada se puede notar la ansiedad que le produce conocer a sus dos hermanos.

De pronto, todo el mundo se calla y Albert se pone alerta.

—No me lo puedo creer —comenta una mujer en un susurro mirando con descaro a Albert y a los jóvenes que acaban de entrar acompañados de un hombre muy mayor.

Nadie puede negar que sean hermanos de Albert y, por consiguiente, hijos de su padre. El moreno —el que debe de ser Jack, por lo que me dijo Becca— es idéntico a Albert, salvo por los ojos azules, y Aiden también, si no fuera por el pelo rubio.

Me giro hacia el padre de Albert, que está a unos metros. Cuando se da cuenta de que la gente lo observa y por qué, primero se pone blanco y luego, rojo de ira.

—¿Qué clase de broma es esta?! —brama.

Los invitados se apartan a medida que avanzan los dos jóvenes y el anciano para dejarles paso. Pero entonces Albert hace lo contrario: va hacia ellos y les tiende la mano. En ese instante todo el mundo enmudece y, por la mirada recelosa de los hermanos, deduzco que no esperaban que Albert se les acercara. Jack debe de tener unos dieciocho años y Aiden sobre los diecinueve, pero su juventud no parece importarles, pues no agachan la cabeza ante la intensa mirada de Albert, al contrario, se la sostienen demostrando su mismo carácter.

—Si ya era complicado entender a uno... —le digo en broma al oído a Bianca, que me está clavando los dedos en el brazo—. Tranquila.

—Lo sé.

Tras estudiarse los tres hermanos durante unos segundos, Aiden alza la mano y estrecha la que le ha tendido Albert, y Jack le imita. Por último, el abuelo saluda a Albert cálidamente.

—Tú no eres como tu padre —dice el abuelo abrazándole.

—¿Qué se supone que es esto? ¡Nadie ha invitado a estos bastardos! —alega el padre de Albert perdiendo los papeles.

—Son mis hermanos, padre. Y si no querías tener hijos fuera del matrimonio, haberte limitado a tener relaciones sexuales solamente con mi madre, o haber sido más cuidadoso. Además, ya reconociste a uno de mis hermanastros, ¿no puedes hacer lo mismo ahora? —lo reta Albert escrutándolo serio.

Su padre le sostiene la mirada con una furia apenas contenida antes de volverse a sus hijos.

—No pienso daros un centavo.

—De usted no queremos nada. Por desgracia, la sangre no podemos cambiarla. Para nosotros usted no es más que un extraño. Nuestro padre es Josep —comenta Aiden con dignidad. El padre de Albert no dice nada más y se va de la sala visiblemente enfadado.

—Bienvenidos —les saluda Bianca. Nos hemos acercado a ellos y Albert no tarda en presentársela como su esposa—. Nuestro hijo Erik estará encantado de conocer a sus tíos.

Los jóvenes asienten y poco a poco la gente se va acercando, entre ellos yo y Liam poco después.

En cuanto Liam los saluda como si fueran viejos conocidos, la gente deja de observarlos sin tantos reparos y los acoge en su seno sin más. Y es que, bastardos o no, tienen posición social, y eso es lo que cuenta para la nobleza. Cuánta hipocresía.

* * *

Detengo el coche frente a la casa de Dulce. Son las ocho de la mañana y no sé si Becca estará despierta o no. Le mandé un mensaje antes de salir de la fiesta y no me ha contestado. Me da que está con el móvil en silencio y durmiendo como un tronco.

Anoche no me retiré muy tarde de la fiesta. Después del tenso comienzo la velada fue

bien. Albert y Bianca se sentaron junto a Jack y Aiden. Apenas intercambiaron unas palabras, pero eso viniendo de Albert, con lo serio que es, ya es mucho. Después, cuando bailé con Bianca, me dijo que Albert estaba muy tenso por el encuentro; que va de duro por la vida, pero en el fondo tenía miedo de que le pasara como con su hermanastro mayor, que lo rechazó. Es una suerte que Albert haya tenido un buen acercamiento con sus hermanos pequeños.

Siento que tocan a la ventanilla del copiloto y veo a Becca con su mochila, sonriéndome.

—Buenos días —le digo cuando entra. Me acerco a besarla pero ella me detiene, como casi siempre que estamos en sitios donde alguien puede vernos.

—Jenna está detrás de mí... —me dice entre dientes, molesta.

Aunque comprendo que quiera ir con pies de plomo conmigo, a veces me cansa que quiera esconderme de todos. ¿Acaso no llevo una semana demostrándole que soy diferente? «Necesita más tiempo», me recuerdo, pero me apetece besarla y estar con ella cuando quiera y como quiera, sin tener que guardar tanto las formas. No estamos haciendo nada malo y voy en serio con ella. ¿Acaso no se da cuenta?

Miro tras ella y veo a Jenna.

—Buenos días, Jenna.

—Vimos tu coche aparcado desde la ventana... ¿Me puedes llevar a la empresa de Robert? Hoy trabaja y anoche no nos despedimos de buenas maneras... Me gustaría darle una sorpresa.

—Claro, sube.

Jenna sonríe y monta detrás.

Cuando iniciamos la marcha, noto que Becca mira preocupada a Jenna por el retrovisor, por lo que yo miro también. Su gesto sonriente se ha perdido y tiene los ojos acuosos.

Becca me pregunta por la velada y el encuentro de Albert con sus hermanos y les cuento a ambas lo que pasó en el baile.

—Me alegro mucho por ellos —dice Becca, que no deja de observar inquieta a Jenna por el retrovisor.

—¿Qué pasó ayer? —le pregunto—. Creía que lo habíais solucionado...

—Robert sabía que había hecho planes para hoy..., pero me dijo que tenía que trabajar y que ya haríamos otro día lo que había pensado. —Toma aire—. Así que, como mis padres tenían a la pequeña, se me ocurrió que podíamos ir a desayunar juntos, y luego, mientras él estaba trabajando, me daba una vuelta por la ciudad para más tarde comer juntos también... —se calla y Becca acaba por ella.

—Robert le dijo que le parecía bien, que se lo diría a Mar para que se fuera con ellos, y eso hizo que Jenna le gritara, cosa que no hace nunca, pero perdió los papeles. Le dijo que si quería a Mar, que se fuera con ella. Robert se enfadó y le dijo que estaba cambiando, que ella antes no era así, y que no estaba seguro de si le gustaba la Jenna que estaba conociendo últimamente. Que debería relajarse y no ver fantasmas donde no los había, que está cansado de que no le crea cuando le dice que no hay nada entre Mar y él. Y se largó.

Veo a Jenna quitarse una lágrima de la mejilla.

—No sé qué me pasa..., no controlo mis emociones...

Becca la mira de forma significativa por el espejo; sé que sospecha algo. ¿El qué?

Cuando llegamos, salimos los tres del coche y acompañamos a Jenna; no quiero dejarla sola tal como está ahora. Al entrar en el edificio, nos dice la recepcionista que Robert está en su despacho.

—¿Nerviosa? —le pregunto a Jenna en el ascensor. Ella me mira y asiente. La abrazo de forma cariñosa y acoge el abrazo con gusto.

—No quiero perderlo...

—No lo harás, sabes que te quiere —le contesto—. Debes tener más confianza en ti. Eres hermosa y una gran pintora. La gente admira tus cuadros y te admira a ti. Es hora de que te des cuenta de lo que vales.

Becca acaricia la espalda de Jenna dándole ánimos.

Salimos del ascensor y caminamos hacia el despacho de Robert guiados por Jenna.

—Mar, vamos a trabajar. —Escuchamos la voz dura de Robert y eso nos hace acelerar el paso.

—Vamos, Robert, sé que te gusto... No puedes negar que te mueres por acostarte conmigo. ¿Qué hombre no lo desearía?

Jenna se queda quieta y yo tiro de ella.

—¡Te equivocas, maldita sea! —Oímos el ruido de algo al caer al suelo y, al abrir la puerta, vemos a Robert tratando de quitarse de encima a Mar, que ha alcanzado sus labios.

Jenna, sorprendiéndonos a todos, entra como una exhalación y coge de los pelos a Mar.

—¡Te dije que esta zorra quería meterse en tu cama! ¿Por qué no me creíste?

Robert mira atónito a su novia, sin saber qué responder. Jenna suelta el pelo a Mar y sale corriendo de la habitación seguida de Becca.

—Mar, vete de aquí. El lunes empezará en otro departamento —le dice Robert muy serio.

—En el fondo te mueres por estar con alguien como yo...

—Y tú por ser alguien como Jenna. Ella vale mil veces más que tú. Es una lástima que desaproveches tu talento como secretaria de esta forma. Lárgate.

Mar sale del despacho muy digna y Robert se pasa la mano por el pelo.

—¿Debería ir tras ella?

—No lo sé. Me temo que ahora mismo no te haría mucho caso.

—¡Soy un completo imbécil! Pero no veía nada malo en Mar. Era una secretaria muy buena, eficiente y trabajadora. ¿Por qué tirar por tierra su carrera por esto?

—Ni idea, pero todos veíamos algo raro en su amistad.

—Todos menos yo, no te calles esa parte.

—Lo malo no es que no te dieras cuenta, sino que vieras sufrir a Jenna y siguieras adelante con ello.

—Jenna no sabe muchas cosas de las que están pasando...

Robert se sienta. Parece terriblemente agotado, y reparo en las muestras de cansancio de sus ojos.

—La empresa del padre de Albert está ganando terreno con respecto a la de George, y eso nos está causando muchos quebraderos de cabeza... ¿Crees que no me gustaría pasar hoy el día con Jenna? Pero de mi empleo, el de Albert y el de George dependen que esta empresa no se cierre y todos nos vayamos a la calle.

—Y no le has dicho nada a Jenna para no preocuparla.

—Está muy sensible últimamente. Lloro a la primera de cambio..., no pinta, Matt. — Frunzo el ceño cuando lo oigo—. No me cuenta lo que le pasa, pero no es feliz... ¿Cómo le iba a decir algo así? El que teme que quiera romper nuestra relación soy yo. Tal vez mi miedo a perderla me ha hecho refugiarme más en mi trabajo... Se ha juntado todo.

—Y habéis hecho una gran pelota de todo esto. Te comprendo perfectamente.

Le cuento mi historia con Becca y lo que estamos viviendo ahora.

—Todos tenemos nuestros problemas —comenta Robert mirándome con sus intensos ojos dorados—. ¿A ti no te ha dicho Jenna lo que le pasa?

—No, pero tengo la impresión de que Becca lo sabe... o lo intuye.

—¿Crees que le ocurre algo malo? —me pregunta preocupado.

—No lo sé.

Robert se tensa y se va a buscarla.

—¿Qué vas a decirle?

—La verdad.

En el pasillo encontramos a Becca saliendo de los servicios.

—Jenna no quiere hablar contigo ahora... —comenta Becca a Robert—, pero entra igualmente. Y si te grita o le da por llorar, no la dejes sola. Te necesita. —Y empieza a andar hacia el ascensor.

—¿Dónde vas? —le pregunto.

—Ven conmigo.

No dice más, así que la sigo intrigado fuera del edificio. Al llegar a una farmacia, me quedo extrañado, pero entro tras Becca, que se ha puesto colorada.

—Un test de embarazo, por favor.

Me quedo impactado y la farmacéutica confunde mi asombro.

—Curiosa forma de decirle a tu novio que puedes estar embarazada. Estos jóvenes... —La mujer se va a la trastienda y Becca me sonrío tímida.

—Lo siento.

—No pasa nada. ¿Crees que Jenna va a tener un niño? —Becca asiente, pero no le da tiempo a responderme por qué, pues la farmacéutica llega con el test.

Es cuando salimos de la farmacia cuando me explica:

—Cuando yo estaba esperando a Matthew estaba siempre muy sensible..., lloraba por todo y por nada, y tenía cambios de humor muy repentinos. Por suerte, como no tenía a nadie a mi lado, nadie los sufrió —lo dice de broma, pero sus palabras me hacen daño.

—Lo...

—Matt, si queremos que esto funcione, tenemos que dejar de pensar en lo que no hicimos y centrarnos en lo que ahora podemos hacer. No lo he dicho para que te sintieras mal.

—Lo sé.

Acerco mis labios a los suyos casi por impulso y ella, sorprendentemente, se deja besar, y además me abraza.

Cuando entramos en los aseos, vemos a Jenna sentada sobre el mármol de los lavabos y a Robert abrazándola. Parece que han hecho las paces.

—Me alegra veros así —comento.

—Está tonta..., nadie nos va a separar. —Robert le sonrío.

Se hace un silencio extraño. Veo que Becca duda con el Predictor en la mano, así que se lo cojo.

—Jenna, Becca pasó por algo parecido hace años..., me refiero a lo de los cambios de humor —comento al ver que me estoy liando. No sé bien cómo decirle algo así, la verdad—. Cuando estuvo embarazada. —Y sin más le tiendo el Predictor, sabiendo por la cara de Jenna que no he elegido las palabras adecuadas.

—Yo no..., yo no..., no. Lo notaría.

Se separa de un asombrado Robert y, poniéndose en pie, da vueltas por el cuarto de baño.

—No... no...

—¿No te gustaría ser madre? —le pregunta Becca.

—Sí, pero... —Jenna mira a Robert, que poco a poco va saliendo de su asombro y digiriendo la noticia.

—Eso explicaría muchas cosas... ¡Cómo no me he dado cuenta antes!

—Estabas muy liado con lo de la empresa —le dice Jenna, que se ha puesto las manos en la tripa—. ¿De verdad piensas que puedo estar en estado? —le pregunta Jenna a Becca.

—Mejor que yo lo debes de saber tú. Si te ha venido el periodo...

—Yo... —Jenna se lleva la mano a la cabeza y mira a Robert—. No sé cuándo...

Sin más coge el Predictor, nos echa a todos del baño y se mete en uno de los cubículos. No tarda en salir con la caja en la mano.

—Hay que esperar cinco minutos.

—Cinco interminables minutos —comenta Robert.

—¿No quieres que tenga...?

—¡Jenna!

Esta se calla y asiente, consciente de que es mejor que deje de sacarle punta a todo.

Decidimos que es preferible ir al despacho de Robert y nos sentamos a esperar. Me quedo mirando a Becca, que está especialmente callada.

—¿Cómo lo supiste tú?

Becca me mira y los tres la miramos a ella, expectantes.

—Yo... —Hace una pausa—. No lo supe hasta el cuarto mes... Con lo que había vivido, estaba más preocupada de huir que de si me venía la regla o no. Además, suponía que si no me venía era por lo mal que lo estaba pasando... —No ahonda en el tema pero no hace falta, yo ya me imagino la situación—. Encontré un buen empleo, en el que me pidieron como requisito hacerme un reconocimiento médico. En él me dijeron que estaba en estado, y que mi extrema delgadez podía poner en peligro al bebé. Me ingresaron y estuve varios días allí... El trabajo no me lo dieron. Por lo visto, no les gustó mucho que me hubiera quedado embarazada tan joven. La gente solía llevarse una mala imagen de mí.

—¿Y qué hiciste? —pregunta Jenna. Yo, por mi parte, no puedo hablar. Cuanto más sé del pasado de Becca, más miserable me siento.

—Me busqué un trabajo en un restaurante de comida rápida y, como la comida iba incluida en el sueldo, no tendría peligro de adelgazar —lo dice con una sonrisa triste; lo debió de pasar mal.

—Matthew es un luchador como tú —comenta Robert mirando con admiración a Becca. Esta, sonrojada, asiente—. Bueno, ya han pasado los cinco minutos...

—¿Ya? Dios, no puedo mirarlo... —Jenna se empieza a poner nerviosa, así que Robert le coge el Predictor de las manos y, sin más, lo mira—. ¿Por qué sonríes? ¿Acaso es porque ha dado negativo y no quieres tener hijos conmigo? —le espeta Jenna de morros. Desde luego, si no está embarazada, debe de tener un problema mental, ya que ella no es así.

—Sonrío porque vamos a ser padres, cariño. Aunque la idea de soportar este humor tuyo más meses no me hace mucha gracia... —bromea Robert antes de besar a una impactada Jenna, que aún no puede creérselo, pero que cuando reacciona se lanza a los brazos de Robert y grita de alegría.

—Me hubiera gustado compartir ese momento contigo —le digo a Becca.

—A mí también.

Me da la mano y yo se la aprieto con fuerza.

BECCA

Termino de cenar sola, pues Matt no ha venido todavía. Después de enterarnos de la buena nueva de Jenna, Matt y Robert se pusieron a hablar de negocios y Matt pensó algo que les

podía interesar. Luego se fueron los dos a casa de Albert para comentárselo y aún no ha regresado. Jenna se fue con sus padres para estar con Nora. Estaba feliz pero preocupada por lo que conlleva un embarazo y por si este se malograba. Porque, y yo lo sé muy bien, desde que te enteras que estás esperando un hijo, ya es tuyo y lo quieres, y no quieres que nada ni nadie te lo quite. Entiendo su miedo y su ilusión, aunque en mi caso el miedo fue mucho mayor.

Hoy he conocido al novio de la madre de Matt. A Matthew le ha caído muy bien, aunque él suele simpatizar con todo el mundo. Le ha llamado abuelo, sin más, y eso ha hecho que el hombre aún se sienta más a gusto con el pequeño.

Subo a Matthew a su cuarto tras despedirme de ellos y le pongo el pijama. Le he prometido ver una peli con él en su salita. Antes de que la elija, sé cuál será. Desde que Matt se la regaló esta semana, al día siguiente de ponerse malo, no ha dejado de verla una y otra vez. Me la sé de memoria.

Matthew no tarda mucho en dormirse y, después de meterlo en la cama, me voy a mi cuarto a tratar de repasar mis apuntes para hacer tiempo a que llegue Matt. No me ha dicho que vendría a verme antes de acostarse pero, pese a eso, lo espero.

Cerca de la una, el sueño puede conmigo y me acuesto. Lo peor es que, cuando cierro los ojos, revivo en forma de pesadillas la angustia que padecí hace años, cuando no sabía cómo sacar a Matthew adelante y temía que el padre de Matt diera con nosotros.

—Becca... Despierta. —Siento la cálida mano de Matt en mi mejilla y abro los ojos, saliendo poco a poco de la pesadilla—. Estabas gritando «Que no me encuentre, que no me encuentre». ¿Con qué soñabas?

Me incorporo en la cama y Matt se sienta a mi lado.

—En tu padre y mi embarazo. —Espero que Matt diga algo, pero en vez de hablar, me besa y me da con sus labios la ternura que necesito.

—Me duele mucho no haber estado a tu lado —me dice apoyando su frente en la mía—. No sé si al saberlo me hubiera aterrado por lo que se nos venía encima. —Sonrío y acaricia mis labios—. Lo que sí puedo prometerte es que, de haber estado contigo, no te hubiera dejado sola.

—No te atormentes más.

—Me cuesta perdonarme. Todo habría sido tan distinto si hubiera leído tu carta...

—Ahora estás aquí y quiero creer que es para siempre.

—Lo es. —Me besa una vez más con infinita ternura. Luego se separa y me alza la camisa del pijama para acariciar las marcas del embarazo en mi vientre—. Me hubiera gustado mucho verte gordita.

—No engordé mucho. De hecho, con ocho meses parecía que estaba de cinco. —Pongo mi mano sobre la suya—. Lo que sí era mágico era sentir a Matthew dentro de mí. Era raro, pero me hacía sentir menos sola.

—Os quiero mucho a los dos.

—Lo sé.

Matt se acerca y me besa, y, aunque el beso es tierno, al final la pasión se desborda entre los dos y se aparta jadeante.

—Es mejor que me vaya...

—No quiero que lo hagas. Te deseo, Matt... —le confieso roja como un tomate.

—¿Estás segura? No quiero forzarte a nada...

Como respuesta, busco sus labios y le doy lo que espero que sea un beso seductor, para que las dudas que le asaltan se disipen. Parece que lo consigo, pues Matt introduce su lengua en mi boca y las razones para detener esto se nos olvidan a los dos. Dejo a un lado el miedo, ahora mismo solo quiero sentirlo por entero y amar cada parte de su cuerpo.

Tiro de su camisa y me ayuda a desprenderse de ella. Cuando la tira al suelo, coge la mía y me la quita, y también mi sujetador. Me sonrojo pero, aun así, lo miro decidida. Me acerco a su pecho y lo beso donde sé que le gusta; me encanta acariciar cada hueco y cada curva de Matt. Noto como respira cada vez más rápido y como la piel se le pone de gallina. Me siento poderosa y me alzo para atrapar su cara entre mis manos y besarlo. Me deja hacer hasta que toma el control del beso, explorando cada hueco de mi boca. Me recuesta en la cama y nos besamos hasta acabar jadeantes. Tira de mis pantalones y me los quita al tiempo que baja sus labios por mi cuello hasta llegar a mis pechos. Cuando los atrapa entre sus calientes labios están ávidos por sus besos y no puedo evitar el gemido que se escapa de mis labios. Me retuerzo, siento que el calor aumenta y que se intensifica aún más cuando su mano se introduce entre mis piernas y se cuela en mi caliente ser. Acariciándolo con maestría y tocando ese pequeño botón que se muere por sus cuidados.

Se separa de mis pechos y baja sus labios por mi estómago besando las estrías que me dejó el embarazo, mimándome como nunca. Cuando veo que se acerca peligrosamente a mi feminidad, me tensó.

—Confía en mí.

Siento que es una prueba de fuego y asiento con la cabeza, para dejarle claro que lo hago cada vez más.

Veó su rubia cabeza mientras me besa los muslos. Su respiración me hace cosquillas cuando se acerca a mi sexo antes de sentir su lengua sobre este. Pego un bote por la sensación, me retuerzo presa del placer que me provocan sus labios en esa zona tan íntima. Me besa, me muerde, me enloquece. Siento que voy a explotar y cuando estoy a punto de irme, se aparta y casi le exijo que siga mientras veo como se desprende de la ropa. Lo hace sin dejar de mirarme, sin perder detalle de lo que le dicen mis ojos al verlo desnudo ante mí. Es magnífico. Su cuerpo fibroso, sin un gramo de grasa, es un deleite para la vista.

Aunque ya me gustaba cuando era delgado y sin un solo músculo. Lo que me trasmite mi Matt no lo hace ningún otro.

Se pone la protección ante mi atenta mirada y se acerca a mí sin dejar de mirarme con sus ojos azules cargados de pasión. Cuando siento su miembro en mi entrada, me besa con infinita ternura mientras noto como poco a poco se introduce en mi interior y mi cuerpo cede a su invasión. Me tensó cuando siento una pizca de dolor, ya que hace muchos años que no estoy con nadie. Pero poco a poco el dolor remite y es reemplazado por el placer de

estar unidos así de nuevo.

Cuando se adentra del todo se queda quieto, absorbiendo este momento. Siento que los ojos se me llenan de lágrimas por lo plena que me siento entre sus brazos. Matt besa cada una de ellas antes de moverse y hacer que la pasión aumente.

Nos movemos juntos sin dejar de besarnos, sin dejar de decirnos sin palabras cuánto nos queremos.

Volvemos a ser uno y esta vez no hay inexperiencia en nuestro acto, aunque reconozco que me hubiera encantado que esto lo hubiéramos ido descubriendo juntos.

Mi sexo se contrae con sus embestidas y el placer se concentra en ese punto. Matt también debe de notarlo, porque intensifica las caricias y se separa para mirarme a los ojos. Y así, viéndome reflejada en los suyos, alcanzo el clímax y noto como Matt me sigue perdido en un intenso orgasmo que nos sacude a ambos.

Me abraza con fuerza y yo hago lo mismo. Ahora que la pasión se aleja de mi cuerpo, el miedo a haberme entregado demasiado pronto me posee de nuevo.

Ojalá todo salga bien. Ya no hay vuelta atrás.



CAPÍTULO 17

MATT

Me despierto con Becca entre mis brazos. La acaricio pensativo. Temo que la situación haya precipitado las cosas. Estiro la colcha para taparnos mejor y, sin dejar de abrazarla, trato de dormirme y dejar las preocupaciones para otro momento, pues ahora lo único que quiero es disfrutar de este instante.

* * *

Muy a mi pesar, me fui antes de que amaneciera de la cama de Becca. Y ahora estoy desayunando en la terraza acristalada con Matthew, que me está contando lo que hizo ayer con su nuevo abuelo. Le sonrío mientras pienso en su verdadero abuelo, el padre de Becca. ¿Cambiaría de forma de pensar si conociera a Matthew? No lo sé, pero es decisión de Becca que se lo diga o no.

Cuando ya llevamos un rato desayunando, llega Becca.

—Buenos días —le digo sonriente, pero ella me mira seria y sonrojada. ¿Estará arrepentida de haber dado este paso? Prefiero no saberlo—. Hoy tenemos que ir a casa de Bianca. La semana que viene es la boda de Dulce y quiere que ayudemos con algunos preparativos.

Becca asiente y toma una de mis tostadas.

—¡Eh! Esa es de papá.

—Tu padre me la regala —dice Becca sentándose a mi lado.

—Y a mí, ¿qué me regalas?

—A ti ya te he preparado las tuyas.

El pequeño nos mira serio, pero al final sonrío.

—Papá me ha dicho que puedo bañarme en la piscina climatizada de Bianca.

—No sé si...

—¡Mamá, ya no soy un bebé! Ya puedo bañarme sin manguitos. ¿A que sí, papá?

—No —respondo.

—¡Sí, puedo! ¿Mamá?

—No —le responde tajante Becca.

El pequeño se pone de morros y termina su desayuno enfurruñado. Al poco llega mi madre y se ofrece para prepararlo y llevárselo a dar una vuelta.

—Tu madre está encantada con Matthew —dice Becca cuando nos quedamos solos.

—Sí, le hubiera gustado tener más hijos. Y ahora la vida le ha dado un nieto al que adora.

—¿Por qué no tuvo más hijos?

—Le costó mucho confiar en un hombre después de lo de mi padre. Y cuando su actual pareja llegó a su vida, mi madre se planteó no tener más hijos.

—Es joven, aún puede tenerlos.

—Sí, yo la apoyaría si así fuera.

Becca sonrío y se termina la leche.

—¿Qué tal estás? —le digo acariciando su mano sin que los empleados que merodean por aquí se den cuenta, pero sin poder resistirme a esta inocente caricia.

—Me siento algo rara... Feliz y, al mismo tiempo, temerosa de ser demasiado feliz —admite.

—Tengo mucha paciencia.

Becca sonrío y me abraza.

—No me arrepiento de lo de anoche, Matt, si es eso lo que te preocupa. Y ahora, será mejor que vayamos a vestirnos. Me temo que me toca bañarme en la piscina para vigilar a Matthew.

—¿Le has enseñado a nadar?

—Cuando le llevaba a la piscina solo le dejaba que se metiera en la pequeña, pero más de una vez me dio algún susto saltando a la grande si me despistaba. No tiene miedo a casi nada, para mi desgracia.

—Y ahora, también para la mía.

* * *

Hemos llegado a casa de Albert a media mañana. Las chicas, Kevin y Adair están con Dulce preparando cosas para la boda en la piscina, para poder vigilar a los pequeños. Albert, Robert, Liam y yo estamos viendo cómo sacar las empresas a flote. Liam ha querido estar con nosotros y ayudarnos con sus opiniones y comentarios.

Cuando llega la hora de la comida nos juntamos con los demás. Matthew llega corriendo para contarme lo que ha hecho en la piscina. Becca se acerca y me sonrío de una forma

cómplice que solo nosotros dos podemos entender y va hacia la mesa.

Tras comer nos vamos otra vez al despacho de Albert. Son más de las ocho cuando decidimos dejarlo para otro día, aunque he de añadir que hemos avanzado bastante. Si antes creía que podría sacar mi empresa adelante, ahora estoy seguro de ello.

* * *

Son pasadas las doce de la noche. Becca se fue a estudiar nada más acostar al pequeño. Yo tenía que revisar unos ejercicios pero he acabado pronto... o espero que lo suficientemente pronto para que Becca no esté dormida, no quiero despertarla.

Abro la puerta de su cuarto con cuidado de no hacer mucho ruido pero, aun así, veo a Becca incorporarse en la cama.

—¿Te he despertado?

—No —me dice sonriente—. No me podía dormir.

—Eso es porque me echas de menos.

Me sonrío y, cuando me acerco a ella, acepta mis besos y caricias.

—Solo hemos pasado una noche juntos...

—La primera de muchas.

—¿Me estoy equivocando al creer que eso pueda ser posible?

—Sabes en el fondo que no.

Y sin más la beso y dejamos que la pasión se desate una vez más entre nosotros. Nunca me canso de sus besos, no sé cómo he podido vivir sin ella hasta ahora.

BECCA

Matt me ha traído en coche al instituto. Aunque no quería hacerlo, al final no he podido resistirme a robarle un beso antes de salir. Cada día lo quiero más y eso me hace ser más imprudente. No puedo evitarlo.

—¿Y esa sonrisa? —me dice Kevin divertido al verme—. Bueno, no hace falta que respondas, me lo puedo imaginar. Me alegra que todo vaya bien.

—Sí..., pero sigo teniendo miedos.

—Lo que tenga que pasar, pasará, ya te lo dije.

Seguimos andando hasta que la voz susurrada de Natalia saliendo de una clase a oscuras nos detiene.

—Vaya, parece que Jack y Natalia han hecho las paces —comento a Kevin.

—Sí. Me gustaría saber qué tal le ha ido con su nuevo hermano. Voy a entrar. —Oímos más besos y risas tras la puerta y, cuando Kevin alza la mano para tocar, escuchamos a Jack detrás de nosotros.

—Buenas. ¿Qué hacéis aquí?

—¿Jack? —le dice Kevin incrédulo, sin comprender nada.

—Para. Alguien nos puede ver, tonto.

Jack se tensa al escuchar la voz de Natalia y entra en el aula hecho una furia, con Kevin y yo detrás.

Los tres nos quedamos boquiabiertos cuando vemos a Natalia encima de Carlos, que está apoyado en la mesa y ya se ha quitado la camisa.

—Jack, no...

—¡Ahórratelo, maldita sea!

Kevin lo coge para que no golpee a Carlos y, tras pegar un puñetazo a la pared, impotente, sale corriendo. Kevin lo sigue. Yo miro a Natalia, que acaba de dar un empujón a Carlos y le echa la culpa de todo.

—Nunca debí confiar en ti. Jack es mucho mejor que tú.

—Es tarde para descubrirlo —le replico, incapaz de morderme la lengua, antes de salir de aquí.

Enseguida pienso en Eimy y en cómo por culpa de Natalia perdió a su amigo. Es una lástima que se haya ido, pues al final se ha demostrado que tenía razón; por mucho que corras o trates de escapar, la verdad siempre prevalece.

* * *

Observo emocionada a Ángel y Dulce bailando el vals. Se nota que se quieren, no han dejado de sonreírse desde que comenzó la ceremonia. Matthew llevó las arras junto con Nora y, para sorpresa de todos, ambos se han portado bien, sin insultarse ni pegarse. Estaban muy guapos los dos. Ha sido una boda preciosa.

—¿Bailas conmigo?

—No.

—¿Qué te pasa?

Matt me mira con sus ojos azules cargados de intensidad. Hemos dormido juntos todas las noches de esta semana y cuando se marcha a trabajar de madrugada siento su ausencia. Cada día más que el anterior, y eso me está agobiando. Temo que un día no regrese, que la pesadilla se repita... ¿Por qué me cuesta tanto aceptar que me quiere? Y esta boda solo ha instalado más dudas en mí. Una boda de cuento.

Como yo siempre soñé cuando era pequeña, pero con gran dosis de realidad. Dulce y Ángel se quieren, pero no viven un cuento de hadas, viven una vida real, donde tienen miedo de que su bebé no nazca, donde temen no ser buenos padres..., teniendo que aguantar las largas separaciones por el trabajo de Ángel hasta que lo trasladen aquí... y, pese a todo, se quieren, y hoy están aquí para celebrar con las personas que les importan su relación y demostrar cuánto creen en ella. Tal vez me pasé toda una infancia engañada, no porque los cuentos de hadas no existan, sino porque el hecho de que no todo sea perfecto no significa que no pueda acabar siendo especial. Temo estar equivocándome, pero Matt poco a poco ha ido bajando mis defensas y me veo expuesta a él.

Por otro lado, Kevin me está apoyando mucho, me viene muy bien hablar con él todos los

días en el instituto. Jack cortó con Natalia y ha empezado a comportarse como si todo le diera igual, salvo jugar al baloncesto. Y siempre le vemos acompañado de alguna joven que busca sus atenciones, cosa que no hacía antes porque estaba con Natalia. Ha cambiado. Solo espero que esto se le pase. No lo conocía mucho, pero me caía bien..., aunque desde que se fue Eimy ya era otro; lo de Natalia solo ha intensificado su cambio de actitud. Kevin dice que no quiere hablar con nadie de lo que pasó y que cuando le pregunta sobre ello se ríe y dice que no le importa, que está bien, pero Kevin y yo creemos que es justo lo contrario. A ver qué pasa a partir de ahora.

Miro a Matt. Trato de sonreírle para que no note mi malestar y me recuerdo lo que me dice siempre Kevin: que me relaje y me deje llevar, y que lo que tenga que suceder, sucederá de igual forma. Y eso me hace decidirme.

—Nada —le respondo antes de besarle delante de todos, consciente de que este beso marca un antes y un después en nuestras vidas.

—¡Puaj! Qué asco.

Me río en los labios de Matt por el comentario de nuestro hijo y agacho la cabeza para mirarlo.

—Enhorabuena —nos dice Jenna que, tras vernos, se ha acercado corriendo para felicitarnos—. Yo lo sabía...

—¿Qué sabía, mamá? ¿Por qué papá te tiene agarrada? ¿Te duele la tripa?

Pierdo la sonrisa y me agacho a la altura de Matthew.

—No me pasa nada, cariño, y mi estómago está bien.

Asiente, no muy convencido, y me da un beso en la mejilla. Tras mirarnos se va a jugar con Neill, siente devoción por él.

—El pequeño lo pasó muy mal por no poder estar con ella en el hospital —comenta Elen, que también está al tanto de lo mío con Matt, pues nos hemos estado viendo esta semana. Uno de los días aprovechó para ir a ver el edificio que está rehabilitando Dulce para ayudar a los chicos y las mujeres del barrio, y decidió hacer una gran aportación. Además, el estar allí le hizo ver las cosas desde una nueva perspectiva: ahora ve lo de ser reina como una forma de ayudar a los demás, sobre todo a la gente que no tiene recursos, y no solo como un cargo que tiene que asumir si quiere estar junto a Liam.

—Sí, no se le borra ese episodio de la mente —explico.

Me levanto de la silla y Matt intuitivamente pone su mano en mi estómago.

—Estoy bien.

—¿Cuándo pasó eso?

Esta pregunta no me la había hecho Matt hasta ahora, y yo la había esquivado.

—Yo... —Miro a Elen buscando su ayuda, pero esta asiente para darme fuerzas y que se lo cuente—. Poco después de la muerte de tu padre; por eso Matthew lo tiene tan reciente.

—¿Y cuál fue el detonante? Aparte de que Matthew se pusiera enfermo, claro.

Tomo aire y siento la mano de Matt en mi mejilla dándome fuerzas y pidiéndome con la mirada que no me esconda nada.

—Llamé a mi padre para ver cómo estaba. No lo había vuelto a ver desde que me fugué, pero sí le llamaba de vez en cuando para saber de él, porque pese a todo es mi padre. Me dijo que quedáramos, que tenía algo importante que contarme —le digo flojito—. Estaba muy enfadado. Me tiró la carta de nulidad a la cara y me dijo que no podía romper un voto sagrado, que era la vergüenza de su familia. Me sentí la peor hija del mundo una vez más.

—¡Tú te casaste con mi padre por él! ¡Es un desgraciado!

—Matt, baja la voz —le advierte Jenna en un susurro, y miro a mi alrededor. ¿Desde cuándo había tanta gente escuchando? Los invitados me miran de reojo, pero sobre todo miran a Matthew, y cuchichean entre ellos. Acaban de saber una verdad que llevo cinco años callando, y encima lo han sabido por Matt...

—¿Becca?

Miro a Matt y asiento, aunque no sé muy bien a qué.

—Necesito estar sola.

—No estás sola —me dice Matt cuando trato de irme.

—Acabas de contar mi secreto a los cuatro vientos... Déjame irme antes de que te chille.

—No pasa nada...

Y eso es el detonante.

—¿Que no pasa nada? ¡¡No pasará para ti!! No quiero tener nada que ver con tu padre. ¡¡Nada!!

—Soy su hijo. —Lo miro fijamente. Está muy serio, yo sé que estoy perdiendo el control. Y al fin, estalla—. Tú me has dicho muchas veces que dejemos el pasado atrás. ¡¿Por qué no puedes hacerlo de una maldita vez?!

—Mamá, ¿qué pasa? ¿Qué has hecho para que te chille papá?

—Qué fuerte. Ella se casó con el padre estando embarazada del hijo, y ahora está liada otra vez con él —le oigo decir a una mujer.

Dios. ¿Por qué creía que todo iba a salir bien? Ahora que he dado el paso de dar a conocer nuestra relación, nos ha golpeado a los tres. Observo a la gente mirar mal a Matthew. Algunos rumorean que es un bastardo; otros, que yo soy una trepa; y Matt no para de gritar a todos que se callen. ¿Esto era lo que quería para mi hijo? Siento un fuerte dolor en el estómago, llevo días sintiendo una molestia, pero no le había querido prestar atención.

—Nos vamos. —Cojo a Matthew de la mano y tiro de él. El pequeño observa a la gente sin comprender por qué lo miran de esa manera. Él no ha hecho nada. Él no tiene la culpa de lo que yo hice.

—¡Espera! Ya no estás sola.

—¡Sí lo estoy! Matthew es cosa mía y me iré lejos con él para que nadie pueda señalarlo con el dedo y llamarlo bastardo. ¡Para que nadie le eche en cara que su madre se casó con

el hombre que más odiaba por salvar a su abuelo!

Y entonces, justo cuando termino de decirlo, siento que todo a mi alrededor se vuelve negro y una aguda punzada en el estómago me hace caer al suelo. Escucho a Matt decir mi nombre alarmado y el grito angustiado de Matthew. ¿Cómo he dejado que pasara esto? Me llevo la mano al estómago, pero el dolor es tan fuerte que acabo por perder el conocimiento.

MATT

Seguimos en la sala de urgencias esperando a que salga algún doctor. Matthew está sentado con mi madre. No ha dejado de llorar, pero sé que si nos lo llevamos a casa y lo alejamos de Becca lo pasará peor. Mis amigos están también aquí.

Todo se nos ha ido de las manos. No había pensado en las repercusiones que tendría para Matthew que se supiera que su madre estuvo casada con mi padre esperando un hijo mío. Yo solo pensaba en los tres, en que éramos y seríamos felices juntos, no había caído en la cuenta de que hay mucha gente que por un cotilleo es capaz de amargar la existencia de las personas. Y por la cara que puso Becca, ella tampoco lo pensó y sé que se culpa de ello.

—¿Cuándo viene mi mamá? —pregunta Matthew mirándome.

—No tardará.

Me acerco y lo cojo en brazos. El pequeño me abraza y se deja caer en mi cuello. Daría mi vida por que Matthew no sufriera, pero protegiéndolo de la realidad no lo hacemos más feliz. Él no es un bastardo, es mi hijo. Y el único que debería avergonzarse de algo ya no está entre nosotros y no merece la pena mentarle.

Cuando se hace de noche sale un doctor a comunicarnos que Becca está bien. Que la úlcera le perforó el estómago, pero muy poco. Nada grave. Respiro aliviado y miro a Matthew, que se ha quedado dormido en su silla. Como si supiera que tengo noticias de su madre, abre los ojos y me pregunta:

—¿Vamos a ver a mamá?

El doctor niega con la cabeza.

—No es aconsejable que entre el niño.

—¿Por qué? —pregunto. Mi madre me mira horrorizada.

—Matt...

—Si no la ve, pensará que está peor. Becca está durmiendo...

—La otra vez lo retuve en casa y él no hacía más que decirme que su madre estaba sufriendo y no estaba a su lado —comenta Elen, apoyándome.

El doctor nos mira y asiente.

—Venga por aquí.

Con Matthew en los brazos, lo llevo a donde está Becca. Pero cuando entramos, noto que Matthew se agarra más fuerte a mí. Becca tiene los ojos cerrados y hay varias máquinas a

su alrededor. Tal vez no ha sido buena idea traer al pequeño.

—Mamá, estamos aquí —al ver que no le contesta, me pregunta—: ¿Cuándo se va a despertar?

Lo miro. Sus ojos azules no están tristes, más bien deseosos de sacar de aquí a su madre.

—Pronto. Ahora tiene que quedarse aquí un tiempo.

—¿Puedo darle un beso? —Lo acerco a Becca y le da un beso en la mejilla, luego me agacho yo para darle uno en los labios.

—¡Puaj! Qué asco. —Matty se ríe.

—Ahora tenemos que dejarla descansar para que se ponga buena.

—Sí, cuidaremos de ella.

Al regresar a la sala de espera, mi madre y Elen se quedan mirando preocupadas al pequeño, pero él enseguida les cuenta cómo está su madre y lo que le dije de los cables, que eran para darle fuerzas y que eso le ha parecido muy divertido. Matthew es muy pequeño, pero su inocencia mezclada con su fuerza y su curiosidad lo hacen un niño muy especial.

* * *

A la mañana siguiente, tras dejar a Matthew en el colegio, voy a ver a Becca. Toco suave a la puerta y veo a Elen y Kevin con ella. Becca está dormida, pero tiene mejor cara que ayer.

—Se ha quedado dormida hace poco —me comenta Elen.

Anoche me hubiera gustado quedarme, pero Matthew no me soltaba; no quería quedarse solo en casa estando su madre en el hospital, y sé que Becca hubiera preferido que me quedara.

Al rato no me queda más remedio que irme a trabajar y lo hago angustiado, sintiéndome mal porque ella esté en este estado y, una vez más, yo no haya sabido ver que mi insistencia la estaba presionando y haciéndole daño. Tal vez Becca estaría mucho mejor sin mí. Al fin y al cabo, nunca puedo evitar que sufra.

BECCA

Miro hacia la ventana. Ahora estoy sola, pero todo el día he estado acompañada. Elen no se separa de mi lado y los demás amigos de Matt, que ahora parecen ser los míos también, no han parado de venir a visitarme. Todos están preocupados por mí. Eso me ha hecho pensar en lo que pasó. Me pudieron los acontecimientos. Matt no tiene la culpa de lo que yo hice... ni Matthew tampoco. No puedo huir eternamente. Ni tampoco superproteger a Matthew.

Tocan a la puerta y, esperando que sea Matt, me incorporo. Tengo muchas ganas de verlo y de intentar, entre los dos, arreglar este lío.

—Pase —digo ilusionada, pero cuando veo aparecer a mi padre, me voy hacia atrás en la cama.

—No eres más que una cualquiera —me dice entre dientes para que solo yo lo escuche y tira en la cama una revista.

En la portada salimos Matt y yo: él, mirándome con expresión de dolor y yo, gritándole. Por lo que se deduce del titular, cuentan todo lo que pasó ayer en la boda.

—No te crie para que te dejaras seducir por ese joven y perdieras la virginidad con quince años. ¿Qué educación te di? No eres más que una ramera, igual que tu madre. Me avergüenzo de que seas hija mía.

Me llevo la mano al estómago y trago. No sé qué decir. En el fondo, siempre he esperado que me perdonara y poder contarle lo de Matthew.

—Pues es una pena que se avergüenze de ella cuando debería estar orgulloso de su hija —comenta Matt, que acaba de entrar con Matthew en los brazos. El niño me mira y me sonrío, ajeno a la tensión que se respira en el ambiente. Yo le sonrío, pero mis ojos están fijos en Matt—. Su hija es una de las personas más fuertes que conozco y más leales a las personas que quiere. Por ellos es capaz de sacrificarse ella misma para que no sufran. Es una lástima que usted no sepa apreciar el tesoro de hija que tiene, una que hace años pasó por un infierno solo para que usted no perdiera su puesto de trabajo.

Mi padre mira a Matt y luego desvía los ojos hacia el pequeño. Y sin más, se va, dejando claro que no piensa cambiar de opinión. Sus creencias y la educación que le dieron son más fuertes que el amor que pueda sentir por mí. Para mi padre solo existe el orden y la perfección, y yo soy de todo menos perfecta.

Matt se acerca y deja en la cama al pequeño, que me abraza y me da un puñado de besos.

—¿Quién era ese hombre tan serio?

Miro a Matt.

—Nadie —le respondo con dolor por no poder decirle que es su abuelo—. ¿Por qué lo has traído?

—Porque te tengo que cuidar. Ahora papá y yo tenemos que cuidar de ti.

Observo a Matthew, que me regala una fantástica sonrisa. No hay ni rastro del dolor que presencié la otra vez, cuando me volvió a ver después de varios días en el hospital. Esta vez está feliz de poder hacer algo por mí. Me gustaría que nunca sufriera, que nadie le hiciera daño, pero eso es imposible. Y si huyo, si me avergüenzo de mi pasado, de lo que hicimos Matt y yo, me estaría arrepintiendo de haber creado a un ser tan maravilloso como es mi hijo. No me avergüenzo y, si yo no lo hago, Matthew no lo hará.

—Me alegra mucho que hayas venido a cuidarme. —Y le doy un fuerte y largo abrazo. Mientras lo hago llega Elen, que me saluda y me pregunta cómo estoy.

—Anda, Matthew, vente con la tía Elen —dice esta.

Cuando el niño se va con ella, miro a Matt de reojo.

—Lo siento —le digo flojito.

—No tienes que pedirme perdón. Ninguno pensamos en lo que podría pasar si la prensa...

—No me avergüenzo de lo que hice. Como tú has dicho y yo no sabía ver, lo hice por

amor. A ti, a mi padre y a Matthew. No puedo avergonzarme de amar y de luchar por las personas que quiero.

Matt me mira con intensidad y por un segundo temo haberlo perdido, hasta que se sienta en la cama y me coge en sus brazos para darme un cálido abrazo.

—Temí que te fueras —le reconozco.

—No voy a negarte que se me pasó por la cabeza, pues sentía que te había vuelto a fallar. Pero no quiero irme, quiero estar a tu lado, aunque sé que no me necesitas. De niña siempre pensabas que tu príncipe azul debía rescatarte cuando estuvieras en peligro, pero tú eres lo suficientemente fuerte para que nadie te rescate. Tal vez ya no te haga falta.

—Sé que cada uno debe ser fuerte para afrontar sus propios problemas... pero, cuando estás con alguien, sus problemas son los tuyos. No quiero un cuento de hadas, quiero una vida real. Con discusiones, risas, sueños..., días tristes y alegres. Quiero la vida que tú me puedas dar, y no otra.

—Tengo miedo de fallarte sin querer.

—Yo también temo cada día perderte y hacer daño a Matthew.

—No voy a irme a ningún sitio.

—Ni yo, no tengo por qué seguir huyendo. Ya he encontrado mi hogar.

Matt me mira con amor y me besa con ternura y pasión. Me pierdo en sus brazos, o eso hago hasta que Matthew entra y hace su habitual sonido cuando nos ve besarnos.

—¡Puaj! Qué asco.

—Lo siento. No pude retenerlo más —dice Elen entrando tras él.

Matt se ríe y me deja en la cama con cuidado.

—Matty...

—¿Me vas a regañar?

—¿Por qué siempre que te digo Matty dices eso?

—No sé —comenta torciendo el morro—. ¿Me vas a regañar?

—No, no te voy a regañar. —Matthew sonrío y me mira expectante—. Lo que te quiero decir es que tu papá y yo estamos juntos..., somos una familia.

—Mamá, siempre hemos sido una familia —me dice como si yo fuera tonta y no viera la realidad—. Eso ya lo sabía —comenta desilusionado.

Lo observo alucinada y Matt se ríe a carcajadas.

—¿De qué te ríes? —le pregunta con el ceño fruncido.

—De nada. Es que he descubierto que eres el más listo de los tres. Viste antes que nosotros lo que éramos.

—Sí, yo soy muy listo. ¿Verdad, mamá?

—Pues claro que sí, cariño —digo sin poder evitar sonreír.

Elen nos mira sonriente y feliz. Siempre ha deseado que todo me saliera bien. Es increíble darse cuenta de lo fácil que es todo para un niño, de lo sencillas que ve las cosas y cómo las complicamos los mayores. Matthew tiene razón: siempre hemos sido una familia y, pese a mis miedos, en el fondo he deseado desde el principio que esto se hiciera realidad.

EPÍLOGO

BECCA

Salgo de la charla que nos acaban de dar en el instituto, pero aún no sé si quiero ver las notas de selectividad. Kevin está a mi lado y trata de darme ánimos. He estudiado mucho y Matt también me ha ayudado un montón, pero aun así, temo que no me llegue la nota. He decidido estudiar Pediatría. Sé que es una carrera difícil, pero me gustaría el día de mañana ayudar a curar a niños. Y me gustaría hacerlo en el edificio habilitado por Dulce. Se necesitan médicos para la cantidad de niños sin recursos que van allí cada día. ¿Lo habré conseguido o me habré quedado a las puertas?

Este tiempo que llevamos Matt y yo juntos ha sido muy especial, no porque no hayamos discutido nunca, ni porque todo haya sido perfecto... sino porque, pese a las imperfecciones, soy feliz. Cuando nos enfadamos por algo, estoy deseando que llegue la reconciliación y perderme en sus brazos. Nos hemos casado por el juzgado de forma íntima para que nadie vuelva a decir que Matthew es un bastardo. Más adelante ya celebraremos una gran boda con más gente y por todo lo alto, pero aún somos muy jóvenes para esas formalidades.

Cuando llegamos al panel donde están colgadas las notas, Kevin me da la mano para infundirme fuerzas. Lo miro con cariño. Somos muy buenos amigos pero, ahora que ha pasado el tiempo, soy consciente, y él también, de que entre los dos solo podría haber habido amistad. Lo que siempre ha habido. Jack está aún peor que cuando Natalia lo dejó. Se ha convertido en un mujeriego, pasa de todo, ha bajado mucho el rendimiento en los estudios y a veces llega al instituto empalmado con la fiesta del fin de semana. Es una lástima. Espero que esto se le pase con el tiempo, pero ya han pasado varios meses y la cosa va a peor.

—Toma aire y míralo.

—¿Y si he suspendido?

—Estoy convencido de que no.

Respiro hondo y me giro hacia el panel, pero lo hago con los ojos cerrados. A mi alrededor muchas personas ya han visto sus notas; unos gritan de emoción, otros lloran por el fracaso y otros simplemente se ríen. Yo estoy como un flan y no encuentro el valor para mirar, pero debo hacerlo. «Si he suspendido, lo intentaré la próxima vez con más ahínco —me digo para infundirme ánimos—. Tarde o temprano lo conseguiré. Es solo cuestión de tiempo».

Abro los ojos y busco mi nombre en la lista. Cuando lo veo, sigo la línea hacia la derecha y, cuando mis ojos leen la nota, lo primero que pienso es que ha habido un error.

—No puede ser... ¿De verdad he sacado un nueve? —Pego un grito y me lanzo a los brazos de Kevin, que me reciben con cariño y risas.

—Sabía que lo lograrías.

Lo observo y luego diviso detrás de nosotros a alguien apoyado en la pared. Es Matt, y me mira sonriente; él ya lo debe de haber visto. Está increíblemente guapo. Aún me cuesta creer que estemos juntos, y más cuando me mira de esa manera.

—¡Matt! —Corro hacia él y me lanzo a su cuello—. ¡Lo he conseguido!

—¿Acaso lo dudabas? Yo siempre lo tuve claro.

Me separo y lo beso.

—Confías mucho más en mí que yo.

—Y tú más en mí que yo.

Le sonrío feliz. Tal vez sea esa la clave del amor. Confiar en la otra persona y luchar juntos para superar las pruebas que te ponga la vida, para que esa confianza se mantenga fuerte y no se rompa. Solo así sobrevive el amor.

* * *

Pongo en el reproductor el primer DVD que grabé de Matthew, le doy al *play* y me siento en el sofá de mi cuarto. Bueno, mío y de Matt, pues desde que se supo lo nuestro dormimos juntos. Cada día estoy más segura de que todo saldrá bien y, aunque a veces me sigue asaltando el miedo de que se termine, ya no me importa, pues me hace luchar cada día porque Matt nunca se vaya de mi lado y mantiene viva mi ilusión.

La tele me muestra la carita de Matthew de bebé. Tan pequeño... No me canso de ver estos vídeos. Y Matt tampoco, pues siempre me pide que se los ponga a la menor ocasión y los vemos juntos. Hoy, no.

Hoy está en una reunión con sus nuevos socios, Liam, George y, por consiguiente, Albert y Robert, que cada vez tienen más poder en la empresa de George. No es un secreto para nadie que George les acabará legando a ellos la dirección de la empresa.

Matty sonrío en primer plano en la pantalla, y no puedo evitar reírme.

—¿Otra vez viendo ese vídeo? —Matt me besa sonriente.

—Sí, me gusta recordar cómo era de pequeño.

—Entonces sospecho que te gustará el cuento que te he traído.

—¿Un cuento?

Matt se sienta a mi lado y me tiende un libro grande envuelto en papel de regalo. Abro los ojos ilusionada y se lo quito rápidamente de las manos para desenvolverlo, sin importarme estar comportándome como una niña. Al lado de Matt soy Becca, la joven con miedos e ilusiones, no solo la madre de Matthew.

Termino de rasgar el papel y miro emocionada la portada. En ella aparecemos Matt y yo de niños en un lado, y en otro, Matt, Matty y yo. Leo el título: *Esto no es un cuento de hadas, es una historia real.*

Nuestra historia.

Me río feliz y me abrazo a Matt y lo beso.

—¡Me encanta! Muchas gracias.

—Espero que te siga gustando cuando lo abras y me des más besos de estos.

Me río y abro el álbum de fotos.

Me emociono al ver fotos nuestras y de Matthew cuando éramos pequeños, y nuestras cartas. Las cartas de Matt que le leía a Matthew, y las que yo le enviaba a Matt contando nuestra historia y plasmadas en este libro para que el tiempo no las malogre por mucho que las leamos. No puedo evitar que las lágrimas de felicidad caigan por mi mejilla. Matt me las seca y deja que viva este momento sin decir nada. Llego a la parte cuando nació Matty, y las fotos que me hizo Elen. Entre ellas, Matt ha metido fotos tuyas de sus viajes, como si, aunque estuviéramos separados, nuestra historia se hubiera seguido contando juntos. No tardo en llegar a la parte de nuestro reencuentro, con las fotos en las que salimos los tres, las que más me gustan de todas. Llego a la última página, y paso los dedos por el «continuará...».

—Lo haré. Lo haremos. Nosotros contamos nuestra historia.

—Te quiero, Becca. Siempre has sido la única protagonista de esta novela que cuenta mi vida.

—Y tú de la mía. Yo también te quiero.

Lo beso enamorada, ilusionada, y dando gracias por tenerlo a mi lado.

En el fondo, siempre he creído en mi propio cuento de hadas, nunca perdí la ilusión. Esa parte soñadora de mí solo estaba dormida y Matt la despertó. Él me ha devuelto la ilusión perdida. Y aunque ya no creo en cuentos de hadas, ni en que mi príncipe azul venga a buscarme en su caballo blanco, sí creo que dentro de un mundo cargado de realidad pueden existir momentos de magia que te hacen sentir vivo, que te hacen creer que la magia de los cuentos de verdad existe.

MATT

Observo a Matty jugar en el patio de su colegio. Hoy hay una fiesta y hemos venido a pasar el día al centro, donde hay paellas y juegos. Veo a Nora observarlo desde fuera del patio, y luego correr hacia el balón para jugar con los otros niños.

—Vete —le dice Matthew—, las niñas no pueden jugar.

—Eso, vete, niña tonta —le dice otro niño, que empuja a Nora y la tira al suelo.

Me acerco a ellos, hasta que veo que Matty se gira hacia ese niño, que le saca una cabeza, y le grita enfadado:

—¡Con ella no se mete nadie!

Becca se pone a mi lado y me coge la mano.

—Es igualito a ti.

—Sí, eso parece —le digo con una sonrisa, pues yo también me he visto reflejado.

El niño lo mira sin decir nada y se marcha, y Matty se gira a dar la mano a una llorosa Nora.

—¿Estás bien?

—Sí —responde ella, cogiéndosela, y por un instante, hasta se diría que son amigos.

—Pues ahora vete a llorar lejos, ¡que no nos dejas jugar!

—¡Eres tonto, Matty!

Nora sale corriendo hacia los brazos de Jenna, mientras Matty murmura:

—Niña estúpida...

—Sí lo es —dice el niño que la empujó.

—¡Que no te metas con ella! Solo yo tengo ese derecho. —Y tras decir esto sigue el partido.

—Bueno, se parece a ti, hasta que abre la boca que tiene y se mete con ella.

Sonrío y paso la mano por la cintura de Becca.

—Tranquila. Ya cambiará.

—Eso espero. Cuando se pone así, es insoportable —dice con el amor velado en su mirada.

Me acerco a Becca y le robo un beso. Al mirarla a los ojos, por un instante veo a esa niña de la que me hice amigo y de la que me fui enamorando poco a poco. Esa niña que me tenía como su guardián y que, pese a que ya no me necesita, sigue a mi lado porque es más feliz así, al igual que me pasa a mí.

Es posible que los cuentos de hadas no existan, que solo sean fábulas, pero todos los cuentos tienen una parte de moraleja y una de realidad. Y mi realidad es que, teniéndolos a ella y a Matthew conmigo, me siento completo y feliz. Ellos son todo mi mundo y pienso escribir a su lado las páginas de mi vida.

FIN

AGRADECIMIENTOS

En especial a mi marido y mi familia, por vuestro apoyo incondicional, por ilusionaros con cada uno de mis logros y vivirlos como propios. Por quererme tanto como yo os quiero a vosotros.

A mi editora Adelaida Herrera y a Click Ediciones por confiar en esta serie y amarla tanto como la amo yo. Y a Mónica Yáñez, por ser tan maravillosa y corregir mis novelas para que brillen con luz propia.

A todos mis lectores y a toda la gente que me apoya, por dejaros seducir con mis novelas y vivirlas con la misma intensidad con que yo lo hago cuando les doy vida. Gracias por entender mi mundo y por estar a mi lado. Por vuestros comentarios y opiniones que me ayudan y me animan a querer mejorarme en cada libro.

A todos vosotros, ¡¡gracias por ser simplemente maravillosos!! Y a los nuevos lectores, encantada de que os unáis a mi pequeña gran «familia».



Nació el 5 de febrero del 1983. Desde pequeña ha contado con una gran imaginación. Imaginativa y despierta no tardó mucho en empezar a decantarse por el mundo literario, ya que con 9 años empezó a escribir un pequeño teatro y con 12 años escribía poesías y frases sueltas. Pero no fue hasta los 18 años hasta que «descubrió» el ordenador cuando escribió su primera novela en serio, siendo este el comienzo de su carrera literaria. Desde entonces no ha dejado de escribir y de inventar diversos mundos llenos de magia, fantasía y amor. Publicó una serie de 9 libros de forma gratuita en su blog «Mi error», que cuenta con miles de descargas por todo el mundo y ha conseguido con ello un mayor reconocimiento.

Libros publicados en papel:

- **El círculo perfecto** (Editorial Ambar 2010)
- **Me enamoré mientras dormía** (Editorial Nowe Volution Enero 2014)
- **Me enamoré mientras mentías** (Editorial Nowe Volution Noviembre 2014)
- **Por siempre tú** (Ediciones Kiwi Marzo'15)

Administradora de la web literaria de éxito «teregalounlibro.com» que cuenta con más de un millón de visitas.

Además, la autora ha conseguido colocarse en las **primeras posiciones de las listas de más vendidos en Amazon y iTunes** con sus novelas «Me enamoré mientras dormía» y «Por siempre tú» y su novela «Me enamoré mientras mentías» ha sido nominada a mejor novela romántica juvenil este año en club romántica.

Más sobre ella: <http://www.moruenaestringana.com/>

Su frase:

« *La única batalla que se pierde es la que se abandona* »

Y ella no piensa abandonar su sueño.

PRÓXIMAMENTE

Queridos lectores:

Esperamos que hayáis disfrutado mucho con la lectura y os animamos a seguir leyendo la serie «Mi error».

Aquí tenéis los próximos lanzamientos.

Volumen VI

Mi error fue creer en cuentos de hadas. Parte I (07/06/16)

Mi error fue creer en cuentos de hadas. Parte II (05/07/16)

Volumen VII

Mi error fue no ser yo misma. Parte I (13/09/16)

Mi error fue no ser yo misma. Parte II (27/09/16)

Volumen VIII

Mi error fue tu promesa. Parte I (11/10/16)

Mi error fue tu promesa. Parte II (25/10/16)

Volumen IX

Mi error fue ser sólo tu mejor amiga. Parte I (08/11/16)

Mi error fue ser sólo tu mejor amiga. Parte II (22/11/16)

Volumen X

Mi error volumen X. Parte I (12/12/16)

Mi error volumen X. Parte II (27/12/16)

Serie Mi error

Mi error fue creer en cuentos de hadas

Parte II

Moruena Estríngana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Moruena Estríngana, 2016

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Grigorlev Rusian / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2016

ISBN: 978-84-08-15571-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

[*Mi error fue amar al príncipe. Parte I*](#)

Moruená Estríngana

[*Mi error fue amar al príncipe. Parte II*](#)

Moruená Estríngana

[*Mariposas en tu estómago \(primera entrega\)*](#)

Natalie Convers

[*Ella es tu destino*](#)

Megan Maxwell

[*Heaven. El hilo rojo del destino*](#)

Lucía Arca

[*La suerte de encontrarte*](#)

Helena Nieto

[*La chica de los ojos turquesa*](#)

Jonaira Campagnuolo

[*Aura cambia las zapatillas por zapatos de tacón*](#)

Alexandra Roma

[*Una canción bajo las estrellas*](#)

Laura Morales

[*Viaje hacia tu corazón*](#)

Moruena Estríngana

[*Aura tira los tacones y echa a volar*](#)

Alexandra Roma

[*Suki Desu. Te quiero*](#)

Kayla Leiz

[*Tú eres mi vez*](#)

Judith Priay

[*El algoritmo del amor*](#)

Diana Al Azem

[*La magia de aquel día*](#)

Clara Albori